

La Ilustración Artística

Año XXXV

BARCELONA 17 DE ABRIL DE 1916

Núm. 1.790

Con el número próximo, como obsequio especial a nuestros suscriptores, repartiremos en lámina suelta una hermosa reproducción en colores del notabilísimo cuadro **EL FUMADOR**, del celebrado artista Luis Graner



LONDRES. - Mujeres prestando el servicio de bomberos en tiempo de guerra

Simulacro de salvamento en caso de incendio. Bomberas sacando a varias ancianas de una casa que se supone invadida por las llamas. (De fotografía de Central News.)

Algunas mujeres de las que constituyen la «Reserva voluntaria femenina» han comenzado recientemente sus prácticas como bomberos en el Asilo para ancianas de la Unión de Holborn. Han permanecido de guardia día y noche y han dormido sobre bancos, del mismo modo que duermen ordinariamente los bomberos londinenses, esperando los avisos de algún fuego causado por un raid de zeppelines. Disponen de toda clase de aparatos contra incendios, como bombas, escaleras, etc., y están perfectamente instruidas.



Renaud Germain

PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo

MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves e intensos.

Barcelona.



MUEBLES de junco y médula fina

MARCA

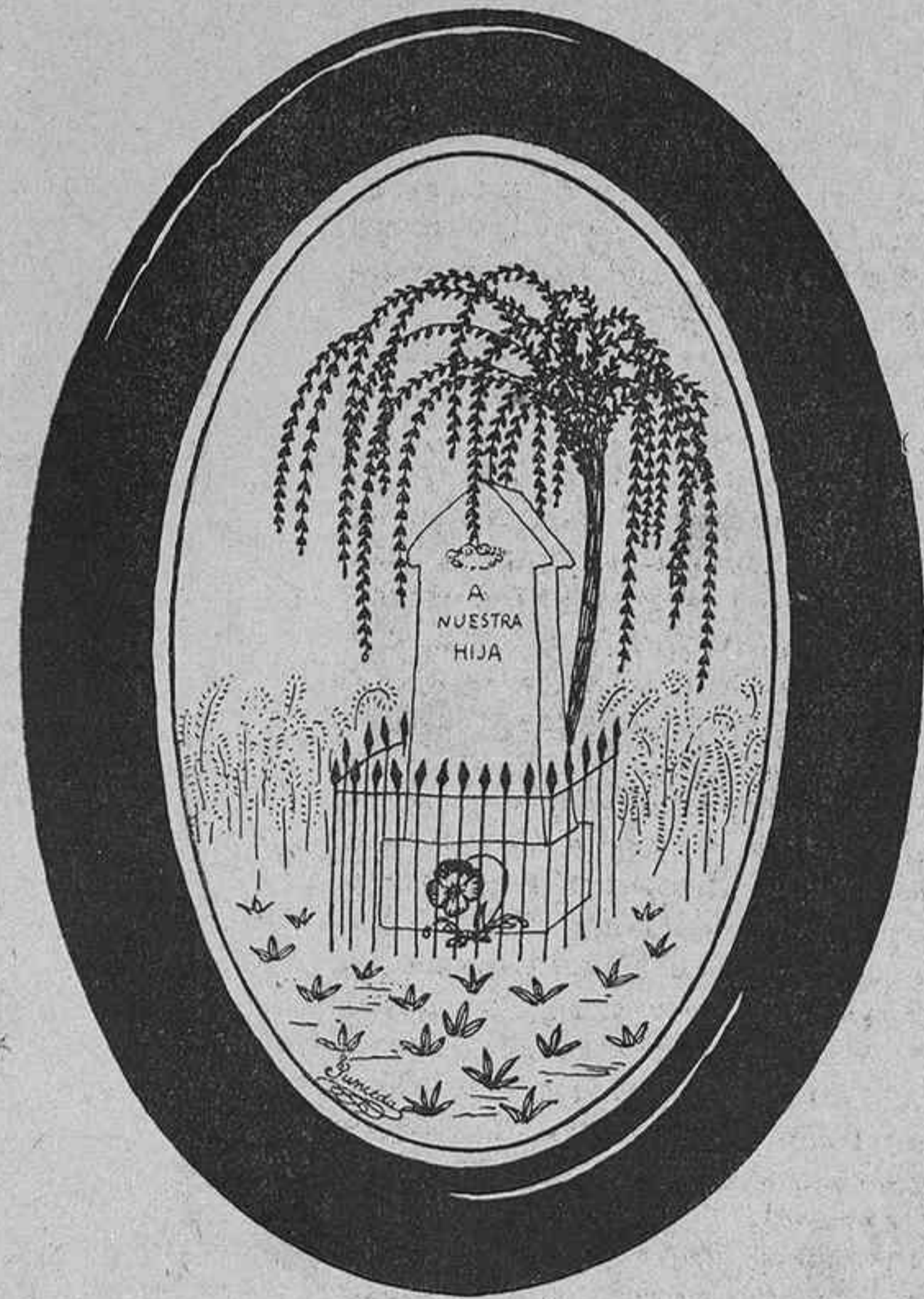
ME PNE

REGISTRADA



Fábrica sin sucursal

Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»



Bajo esta losa fría
yace la bella Aurora. Su locura
fue al saber que otra bella usado había
Crema, Jabón y Polvos PECA-CURA.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS
BARCELONA

FUMISTERIA: CAÑAMERAS

Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: DIPUTACIÓN, 421 y 423
(Entre Sicilia y Cerdeña). - Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono 3380

BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

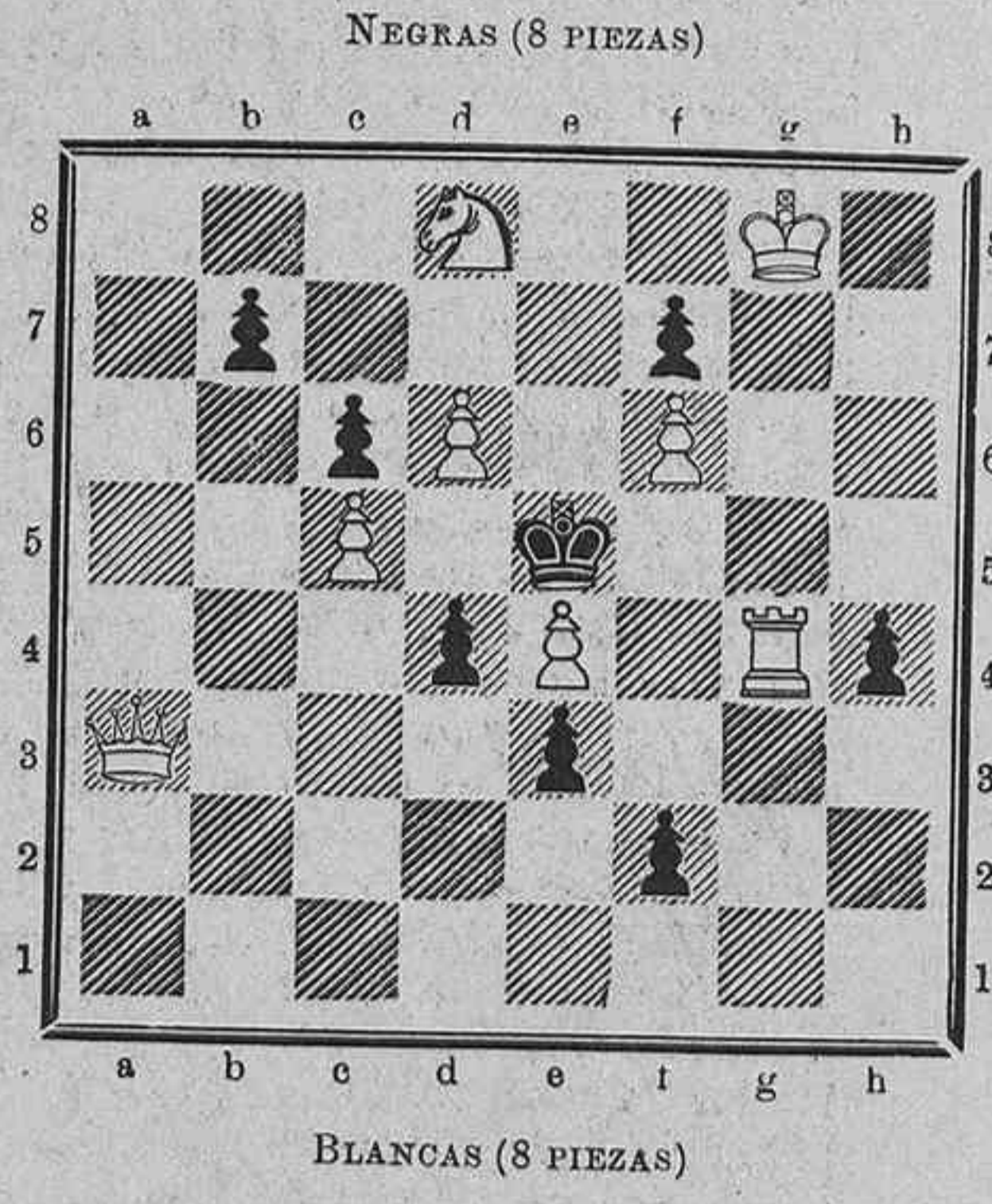
SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadrados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de **120 pesetas**, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN TRES JUGADAS
ORGANIZADO CON MOTIVO DEL TORNEO PARA EL CAMPEONATO
DE CATALUÑA DEL AÑO 1914

Se han recibido las siguientes composiciones:
PROBLEMA NÚM. 31. LEMA: «MEHR LICHT»



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

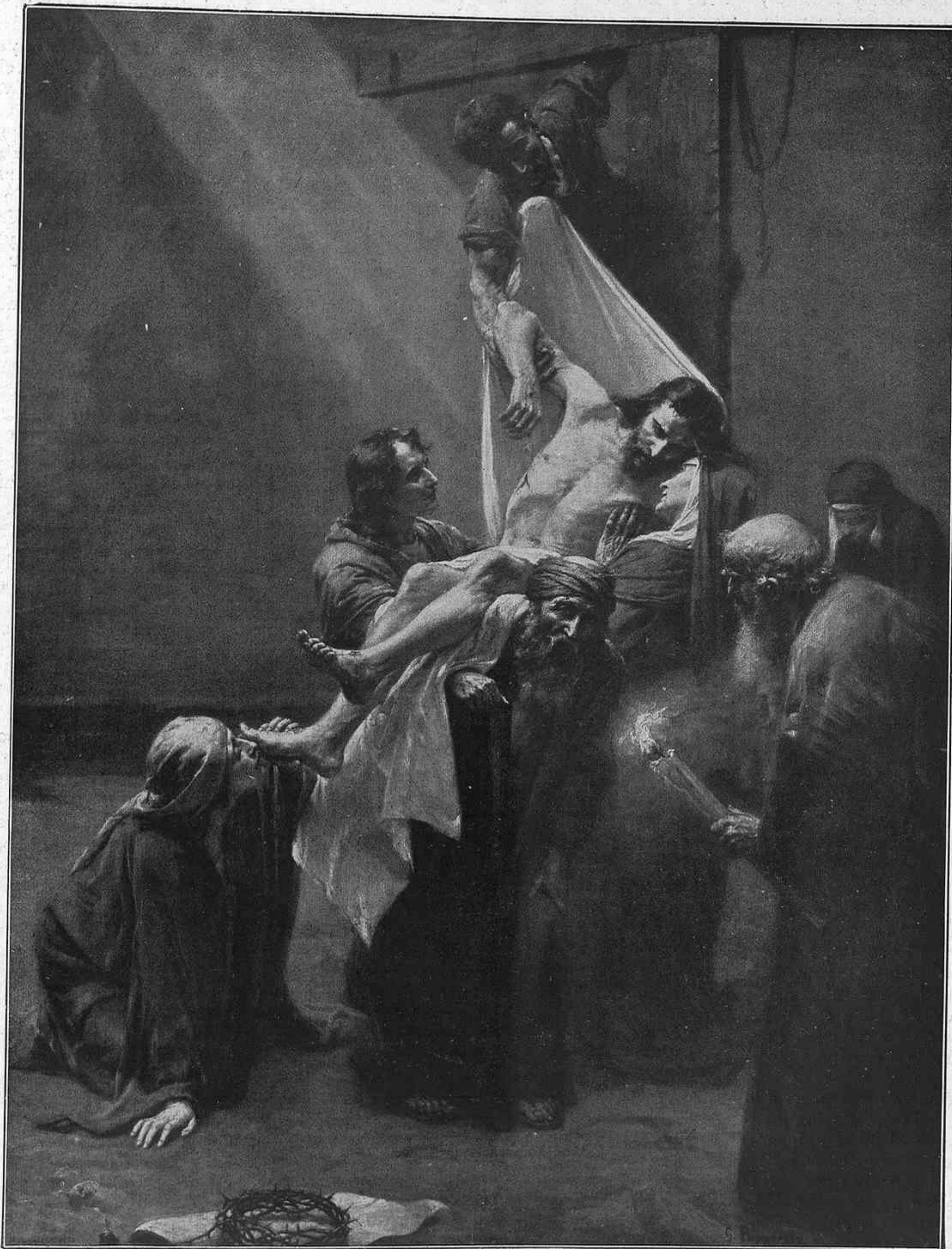
- SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 29. LEMA: «DIAMANTE»
1. Cc1-b3, f2-f1 (D)
 2. Dc7-c4 jaq., etc.
 - C juega
 2. Dc7-c5 jaq., etc.
 - Rd5-e4
 2. Dc7-c4 jaq., etc.
- SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 30. LEMA: «LABERINTO»
1. Rb8-c8, Cf6xg4
 2. Ca8-c7 jaq., etc.
 - f5xg4
 2. Ca8-c7 jaq., etc.
 - Rd5-e6
 2. Ca8-c7 jaq., etc.
 - Rd5-e6
 2. Dg4-c4, etc.
 - Cf6-e8
 2. Ca8-b6 jaq., etc.
 - Cf6-d7
 2. Rc8xd7, etc.
 - c5-c4
 2. Dg4-d4 jaq., etc.
 - Ch4xf3
 2. Ca8-c7 jaq., etc.
 - Otra jugada
 2. Ca8-c7 jaq., etc.

La Ilustración Artística

AÑO XXXV

BARCELONA 17 DE ABRIL DE 1916

NÚM. 1.790



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

reproducción del celebrado cuadro del pintor alemán Jorge Papperitz

ADVERTENCIA

Con el número próximo, como obsequio especial a nuestros suscritores, repartiremos en lámina suelta una hermosa reproducción en colores del notabilísimo cuadro «El fumador», del celebrado artista Luis Graner.

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *El crucifijo. Algunos datos históricos.* - *La guerra europea.* - Madrid. *Notas de actualidad.* - *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). - *Esculturas americanas.* - *Ferrocarril rival del Canal de Panamá.*
Grabados. - *El descendimiento de la Cruz*, cuadro de Jorge Papperitz. - *Crucifijos notables.* - *La guerra europea.* - *Madonna*, cuadro de Andrea del Sarto. - *Madona llamada de Foligno*, cuadro de Rafael Sancio. - *Noche galante*, cuadro de Federico Beltrán. - Madrid. *Notas de actualidad.* - *Esculturas americanas.* - Barcelona. *Salón París. Exposición de cuadros de los Sres. Casas y Martí Garcés.*

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

Uno o dos días antes de que partiera para los Estados Unidos, vi a Granados en un pasillo del Ateneo; se enjugaba las manos junto a un lavabo; sostuvimos una breve y cordial conversación, como si debiéramos reanudarla al día siguiente, y al otro, y al otro... Y ya no le vi más; ya no volveré a verle. Desde aquel punto se separaron nuestras órbitas: la mía para seguir su curso vulgar y cotidiano; la suya para correr al triunfo, a la gloria e inmediatamente a la catástrofe.

He aquí un destino trágico, preparado de lejos y desenvuelto, al final, con una rapidez aterradora. Lleno de ilusión, de legítima esperanza da el compositor la última mano a sus *Goyescas*. Esta obra va a suponer, para él, la consagración definitiva. Es un cuadro de la vida española en una de sus épocas de mayor colorido; y alguien ha escrito ya que pertenece a la «España bonita», no a la España lúgubre. Pues bien: las *Goyescas* del músico español iban a ser estrenadas en París y en la Gran Ópera, precisamente, cuando estalló la guerra.

Considérese lo que representaba, por sí solo, el triunfo de la aceptación en el famoso coliseo parisino y cómo hubo de ser la decepción consiguiente al verla de tal modo malograda o diferida hasta el fin de las hostilidades. Tres, cuatro, cinco años de espera; acaso el olvido; acaso el cambio de gusto en el público y en las empresas; haber estado, en suma, al borde de la celebridad, tocando con la mano la victoria y el provecho en ese mundo de las cosas teatrales, tan escabroso y difícil, y haberlo perdido todo en un instante.

Sin embargo: alguien se acuerda del delicado compositor y de su graciosa partitura. La vida del gran arte, los artistas de primera magnitud, los arrestos de empresa, se retiran al nuevo continente y se ofrece a las grandes metrópolis norteamericanas la ocasión de ejercer o ensayar de una manera supletoria las funciones de alta capitalidad universal. De Nueva York le llegan a Granados proposiciones tentadoras, que acaban por triunfar de su timidez. Va a estrenarse *Goyescas* con todos los esplendores de un acontecimiento, con todo el lujo requerido por una sociedad la más rica y fastuosa del planeta.

Y Granados, que a veces vacilaba semanas y meses, ante las ocho o diez horas de navegación necesarias para ir a Mallorca, aceptó las ofertas, invitó a su esposa, hizo su equipaje y salió por último con rumbo a América, donde encontró lo que todos sabemos: el estreno, el aplauso, el agasajo, los más gratos testimonios que pueda recibir un artista, y un poco de renombre para su patria en el mismo país que tan despiadadamente la trató hace dieciocho años, con motivo de la última guerra colonial. Pero todavía con esto no había agotado el destino sus sorpresas.

A última hora, cuando se disponía a regresar a la tierra natal bañado por el aire de la victoria, un mensaje del primer magistrado de aquel pueblo gigante, del primer ciudadano entre aquellos ochenta millones de ciudadanos, le llama al Palacio para recibir la distinción suprema de la mesa presidencial. Y la más leve cortesía le impone demorar el viaje, saliendo dos o tres días después en distinto buque del que había pensado, para encontrar la muerte en ese juego de azares, de combinaciones, de propósitos alterados. Y aun en el momento mismo de la catástrofe del *Sussex*, si nos atenemos a los relatos coincidentes y de mayor verosimilitud, otro azar intervino y fué el de encontrarse Granados y su esposa sobre cubierta al venir la explosión del torpedo, que no llegó a determinar, como acontece en la mayoría de casos, el hundimiento del buque, pero que fué bastante a desatar el pánico entre los pasajeros de

arriba, que tal vez se creyeron más afortunados por poder llegar los primeros a los botes y balsas de salvamento. De una de esas balsas rodó al mar la infortunada esposa y tras ella, para detenerla, para salvarla, desapareció también el ilustre artista español que ocho días antes exultaba de alegría en la inmensa metrópoli norteamericana, agasajado por el mayor pueblo de mercaderes que haya conocido la historia, por la mayor potencia crematística que haya existido jamás.

Enrique Granados era lucido ornamento de la escuela musical de Cataluña, surgida también al impulso general de la restauración catalana. Con el renacimiento literario se unió desde el primer momento, de una manera vaga, el despertar del elemento musical indígena, siendo Clavé el primer representante de esa tendencia, puramente intuitiva entonces, pero que vino a coincidir después con un movimiento general a toda Europa del cual salieron las nuevas nacionalidades musicales: Rusia, Hungría, Noruega... La nacionalización reflexiva de la música en España tuvo su gran profeta y definidor en el maestro Pedrell, ilustre como compositor, como estético, como folklorista o estudioso del elemento popular y como investigador de la arqueología musical española, de su antigua música sabia.

A su lado, como derivación de sus enseñanzas y teorías o por efecto de las corrientes extranjeras que obraban en el mismo sentido, surgió una legión de músicos y propagandistas jóvenes: Albéniz, Alió, Millet, Vives, Morera, Granados, Noguera en Mallorca, Mitjana en Andalucía, López Chavarrí en Valencia, compositores unos dedicados a la canción, al coro, a la pieza pianística y a la tentativa de ópera nacionalizada; críticos y escritores los otros que teóricamente divulgaban una nueva estética de su arte simultaneándola con ejemplos y ensayos de *amateur* y que, juntos, transformaron el gusto y dieron unidad y consistencia a lo caótico, descolorido y anárquico de la vieja tendencia nacional, en Cataluña o en las demás regiones españolas.

Muerto Albéniz, especializados en otras direcciones, Millet, Vives y Morera, había pasado a ser Granados el más alto representante de la música pianística de nuestro país - a la vez como instrumentista y como compositor -, en el palenque internacional, y se aprestaba a serlo también de la dramática. Tiempo hace que se le saludó, desde fuera, con el nombre honroso de *el Grieg español*; y a sus éxitos, siempre renovados en las grandes salas extranjeras, de pianista de primera línea, se juntaban los de autor predilecto en los programas de música contemporánea, es decir, posterior a Schumann y Chopin. Sus *danzas españolas*, sus *vales públicos*, sus *estudios expresivos*, las mismas *Goyescas* de las cuales ha salido después la ópera de dicha denominación, constituyen otras tantas etapas de su sensibilidad y su técnica, siempre idénticas a sí mismas en lo substancial, siempre mejoradas y progresivas en su desenvolvimiento, siempre trabadas y coherentes merced a la persistencia de su personalidad, de su estilo, del sello de su raza.

Mucho más había escrito: tríos, cuartetos, poemas sinfónicos, óperas y zarzuelas desde *María del Carmen* y *Miel de la Alcarria* hasta *Picardol*, *Gaziel* y otros cuadros menores, una vida de trabajo continuo en el estudio, sobre el teclado, sobre el pentagrama, en la enseñanza, en la preparación de grandes audiciones, en la formación de alumnos distinguidísimos. Parecía ahora llegado el momento de la cosecha definitiva; en Buenos Aires aguardaba a Granados otro triunfo, otra fructuosa expedición, cuando ya a pocas millas del continente europeo, una agresión alemana de la más execrable especie de guerra, la del submarino, tronchó en flor esa existencia que tocaba a su cúspide y que tanto honor hacía y prometía a su patria.

El próximo día 23 se cumple el tercer centenario de la muerte de Cervantes; también el mismo día 23 de abril de 1616 falleció en Stratfort el gran dramaturgo inglés Guillermo Shakespeare. Mas debe tenerse en cuenta que cuando murió el autor del *Quijote*, España había admitido ya la corrección gregoriana, mientras Inglaterra no la aceptó hasta el siglo siguiente. Entre las dos fechas aparentemente iguales, hay pues una diferencia efectiva de diez días y Shakespeare falleció por lo tanto el día 3 de mayo, según el cómputo actual.

Culpa de la guerra ha sido también que ese doble centenario no haya podido tener, en las dos naciones y en todo el mundo civilizado, la celebración externa que le correspondía. Como dos hermanos gemelos en la época y la inmortalidad se presentan Shakespeare y Cervantes, como los dos genios mayores que hayan aparecido desde la Edad Media

hasta nuestros días: apenas hubo drama antes del gran Guillermo y los suyos son todavía los dramas máximos que han asombrado a la humanidad; no existía novela propiamente dicha antes de Cervantes y todavía se ha de escribir otra que supere a la del manco de Lepanto. Vinieron los primeros y crearon las cosas supremas de una vez, casi *ex nihilo*.

Intriga en extremo la curiosidad de los lectores actuales el conocimiento de las relaciones que pudieron existir entre aquellos dos hombres extraordinarios que la perspectiva histórica nos presenta juntos ahora y descolgando como una divina pareja sobre la normalidad de sus contemporáneos. ¿Llegaron Cervantes y Shakespeare a tener conocimiento uno del otro y de sus obras respectivas? Es muy probable que Cervantes nada supiera del dramaturgo inglés ni de sus obras; pero no puede decirse lo mismo del «dulce bardo del Avon» respecto del escritor de Alcalá. No inspiraba España gran simpatía en Inglaterra por aquellos años, que fueron los de lucha con Felipe II, los de la Armada Invencible, los de la Reina implacable. Se ha dicho que Shakespeare compartió la general animadversión política contra Castilla y que *El mercader de Venecia* se inspiró en el injusto y horroroso proceso contra el doctor Rodrigo López, médico español de estirpe judaica, martirizado en Londres bajo la especiosa acusación de que había querido envenenar a la Reina por orden del «demonio del Mediodía».

Pero ello no obstante, y según recuento que hallo a mano en el precioso y elegante libro de D. José de Armas sobre *El Quijote y su época*, la literatura española seguía siendo gustada en Inglaterra y el *Relox de Príncipes*, de Guevara era reiteradamente traducido e impreso; corrían del Lazarillo tres traducciones diferentes, alguna de las cuales había sido editada tres veces antes de 1596; la *Diana* de Montemayor, traducida también, contaba acaso con más lectores que en España, y no había salido a luz la segunda parte del *Quijote* cuando aparece en Londres, 1612, traducida y publicada la primera por Shelton. Shakespeare tomó de un episodio de *Diana* el asunto de *Los dos caballeros* y para *La Tempesdad* aprovechó otro de las *Noches de invierno*, de Antonio de Eslava, obra de la cual no se sabe que fuese traducida a ningún idioma extranjero, viniendo a argüir conocimiento del castellano por parte del autor de *Otelo*. Fletcher el colaborador de Beaumont, colaboró también con Shakespeare alguna vez. Este último solicitó su auxilio para terminar tres obras: *Enrique VIII*, otra que sería *Los dos nobles parientes* y una tercera titulada *Cardenio* que se ha perdido.

«Una tarde, en el mes de junio de 1613 - dice el Sr. Armas - cuando el público de Londres, apiñado en el teatro del Globo contemplaba, durante la representación del drama de Shakespeare *Enrique VIII*, la entrada en escena del rey, un tacho del cañón con que se hacían salvas cayó encendido sobre el techo del teatro. El incendio pronto hubo de extenderse y consumió todo el edificio. En el archivo se quemaron muchas obras de Shakespeare y entre ellas las copias manuscritas del *Cardenio*.»

He aquí el rastro único que nos queda de la relación entre los dos grandes hombres mientras vivieron: el título de una comedia que es el nombre de uno de los personajes del libro español. Todo lo demás queda en el misterio, del cual por mucho que trabaje la investigación, no será posible que salga. Y esta misma vaguedad e incertidumbre añade interés al tema de semejantes contactos y a las conjeturas ingeniosas que se aventuran para esclarecerlos. Shakespeare pudo y debió de leer la novela de Cervantes en la traducción de Shelton. El estropeado español bajó en cambio a la tumba sin tener noticia, casi seguramente, del desconcertante inglés creador de Hamlet y de Falstaff, parangonados después por la crítica con su Hidalgo manchego y con Sancho Panza. ¡Qué fascinación no hubieran de producirle estas figuras y a las demás a que dió vida el portentoso «inventor» de Stratfort, inventor también como Cervantes no cesaba de proclamarse a sí mismo por boca de Mercurio en el *Viaje al Parnaso*! La proximidad de su genio, de su vida y de su muerte los ha unido de una manera inseparable; y un accidente de la cronología ha hecho que la misma cifra material, el 23 de abril de 1616, sirva para consignar las dos defunciones.

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

EL CRUCIFIJO. - ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS
CRUCIFIJOS NOTABLES

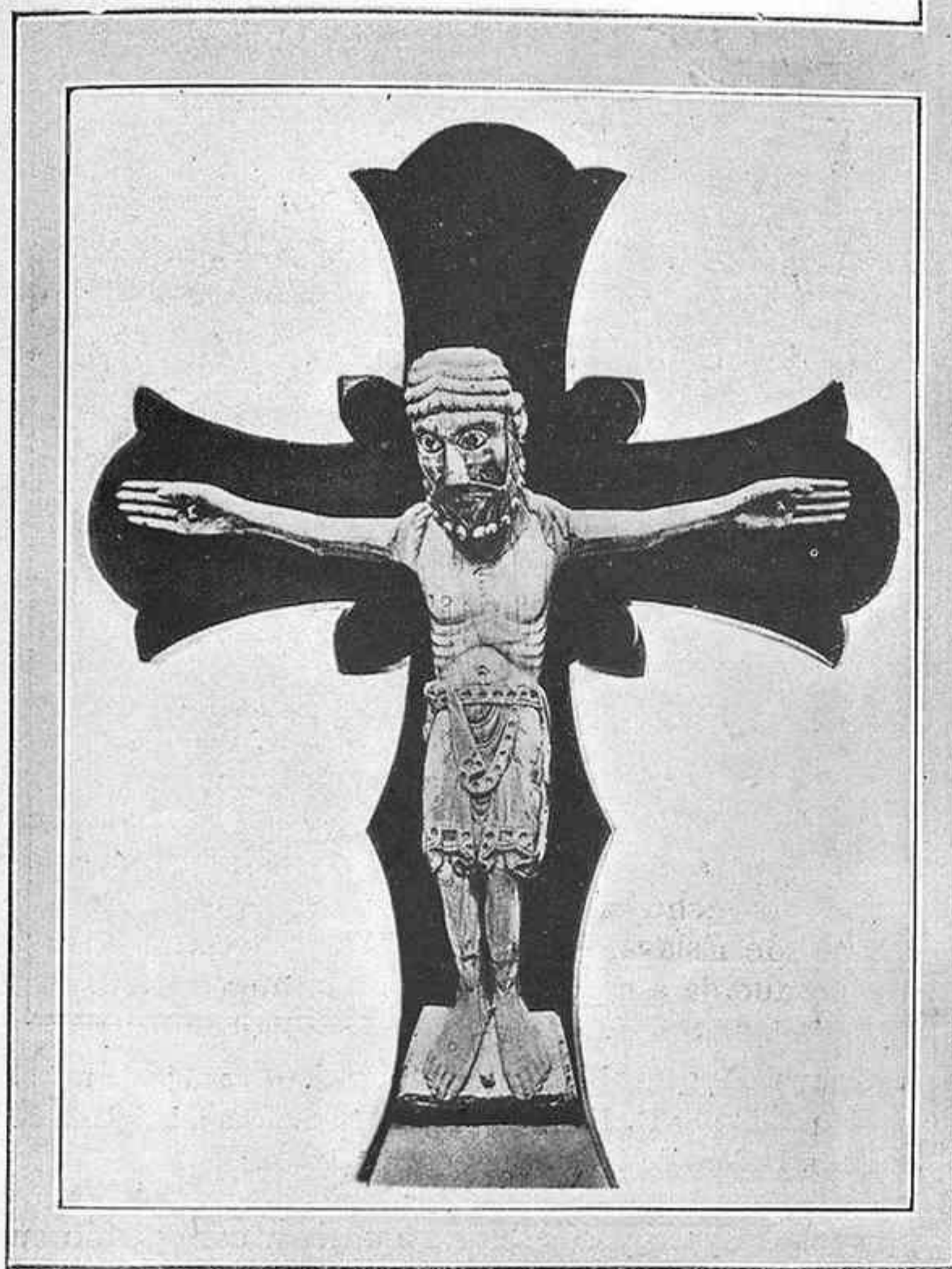
En la antigüedad cristiana abunda el símbolo de nuestra Redención, mas sin la imagen del Redentor, en términos que sólo se cita como excepcional la figura caricaturesca trazada por un pagano en el siglo III sobre un muro del Palatino.

Entiende el P. Martigny, que el horror y la repugnancia que inspiraba a los antiguos, aun a los convertidos al cristianismo, el madero infamante de la cruz, tardaron en disiparse, y aun sobrevivieron a la abolición que hizo Constantino de tal suplicio. Por

por San Gregorio a la reina Teodelinda y existentes en Maguncia, muestran por igual modo la cabeza de Jesús con nimbo crucífero en medio de una cruz pequeña griega o latina.

En las catacumbas sólo hay un crucifijo, que está pintado en el cementerio de los Santos Julio y Valentin, y se atribuye a los tiempos del papa Adriano, que floreció a fines del siglo VIII.

Entrando ahora en otro orden de ideas referentes al modo de representar al Crucificado, conviene saber que al Salvador le debieron crucificar desnudo; tal fué la tradición que siguieron San Ambrosio y San Agustín, y, por consiguiente, es de creer que los sacerdotes de la



Museo de León. - Crucifijo de marfil, arte leonés. Siglo XI



Sevilla. - Busto del Cristo del Amor de Juan Martínez Montañés

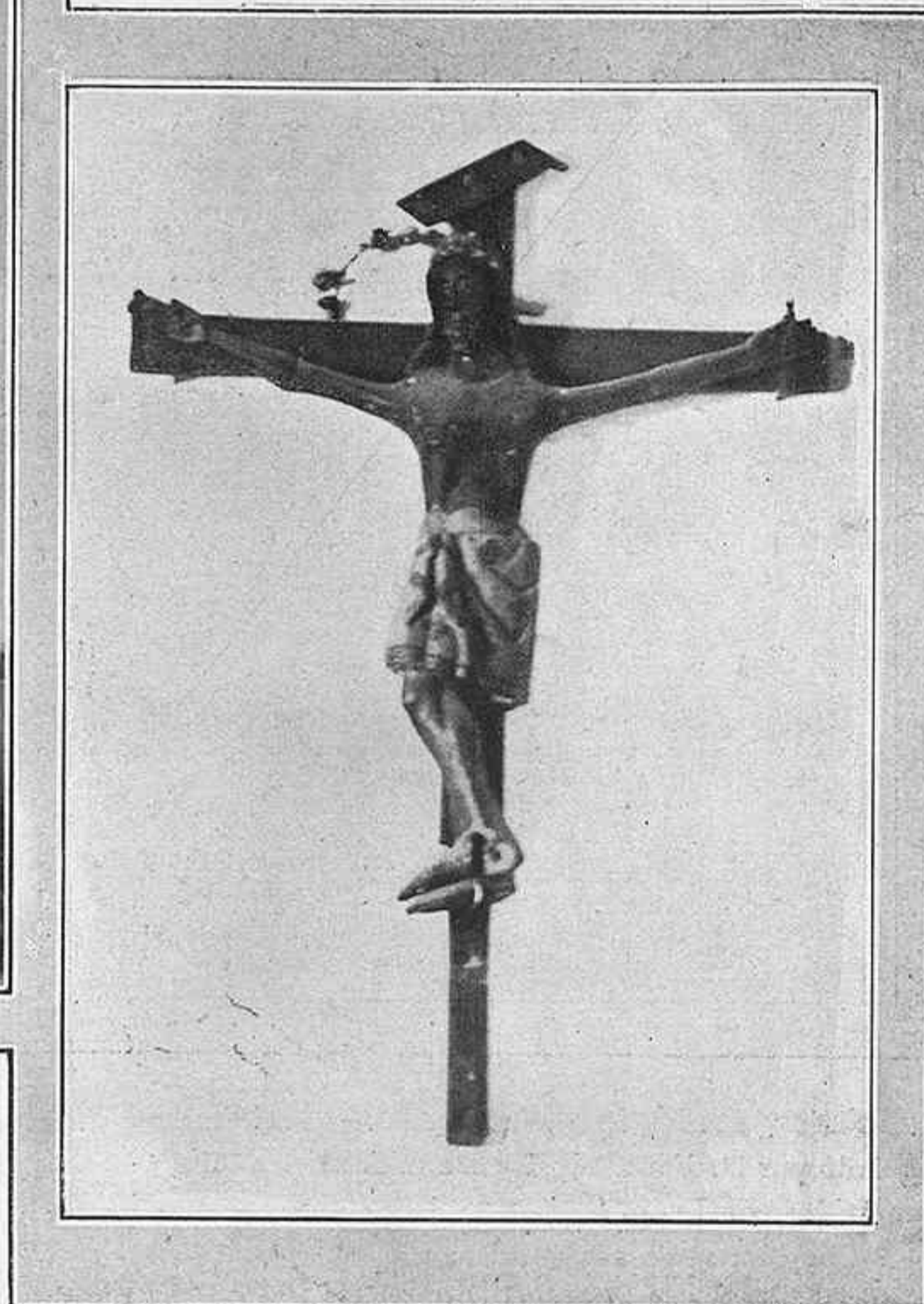
Nada de esto es todavía el crucifijo propiamente dicho; y precisar la época en que comenzó a representarse a Jesús en la cruz es cuestión todavía no resuelta por los arqueólogos. Se sabe que los primeros cristianos acostumbraban a llevar consigo el signo de Cristo en objetos piadosos que por su pequeño peso y volumen eran fáciles de substraer a las miradas de los idólatras; pero nada de esto autoriza para admitir la suposición de que pudieran llevar también crucifijos portátiles.

De todos modos, los arqueólogos entienden que los primeros crucifijos debieron pertenecer a la clase de objetos de que usaba la piedad privada: tal es el que se ve pintado en un evangelionario siriaco del año 586, perteneciente a la Biblioteca Lorentina de Florencia, y tal la cruz pectoral de los prebostes de Maguncia que está considerada como un regalo del citado papa San Gregorio a Teodelinda, y lleva figuras esmaltadas sobre oro.

Los primeros crucifijos portátiles estaban grabados con punzón sobre cruces de oro, de plata o de cobre, y más tarde se les puso pendientes de cruces de madera. En el siglo IX, bajo el pontificado de León III, es cuando la figura del Salvador apareció esculpida en bajo relieve, según parece deducirse del texto de Anastasio; y no ha faltado quien crea, a propósito de un crucifijo de bronce hallado en 1643 en la tumba de Chilperico, en Saint-Germain des Près, que la imagen de bulto redondo estaba aplicada sobre la cruz.

Hasta el siglo XI no apareció el crucifijo en el culto público; el ejemplar más antiguo que puede citarse es uno que, según testimonio de San Gregorio, estaba pintado en una iglesia de Narbona, y es probable que existiera desde antes del año 593, fecha del escrito a que nos referimos.

Después que el concilio celebrado en el año 692 ordenó que se diese preferencia a la pintura histórica sobre los emblemas, comenzaron a multiplicarse las imágenes del Crucificado, y se cree que los griegos fueron quienes las pintaron por primera vez. El papa Juan VII, que fué elegido en 705, y era griego de nacimiento, parece haber sido el primero que consagró el crucifijo en la iglesia de San Pedro.



Talavera de la Reina. - Crucifijo de la sacristía vieja del Santuario de la Virgen del Prado procedente de la iglesia de Santiago de los Caballeros.

otra parte, el culto del Dios crucificado fué objeto de calumnias dirigidas por ignorancia o por malicia, de parte de los paganos, contra los fieles. De este modo trata de justificar el citado arqueólogo la carencia del crucifijo en los monumentos cristianos primitivos.

Pero la preocupación, que no podía menos de producir a los fieles el pensar en los sufrimientos y en la muerte del Redentor, debió ser gran parte a que se representase al Dios enclavado en la cruz. Para esta alegoría la Iglesia se inspiró en el lenguaje simbólico de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, y, lo que es más raro, en la Mitología. Primeramente, a la imagen del cordero, que es la representación más antigua del Salvador de los hombres, se le pusieron algunos atributos que, después de concedida la libertad a la Iglesia, se hicieron más significativos, hasta que en el siglo IV aparecieron ya los atributos privativos del Crucificado, cuales fueron el monograma de su nombre y la cruz misma. En el siglo VI aun se acentúa el simbolismo, y aparece primeramente la figura del cordero llevando al hombro una cruz; después el cordero echado sobre un altar al pie de una cruz; luego el cordero con una herida en el costado de la cual mana sangre, y, a veces, otras heridas en los pies, y por último, un cordero pintado en el centro de una cruz, que fué bien pronto substituído por la figura de Jesús.

Todo este proceso iconográfico se desarrolló en el siglo VI. Es de citar como ejemplo interesante de las representaciones últimamente citadas, la famosa cruz del Vaticano, en que aparece arriba, y repetido abajo, el busto de Nuestro Señor: en el primero bendice con la mano derecha, a la manera latina, y en la izquierda tiene un libro; en el de abajo lleva en la diestra un volumen enrollado y en la izquierda una cruz pequeña. Es de notar en esta doble imagen que la cabeza del Salvador está nimbada y no muestra en su rostro señal alguna de dolor.

Unas ampollas, también del siglo VI, regaladas

iglesia primitiva, movidos de un sentimiento de respeto y de pudor, le hicieron representar vestido. En efecto, los monumentos más antiguos, casi sin excepción, nos lo muestran con un *colibio* o túnica sin mangas, que le cubre hasta los pies.

Forma excepción entre los crucifijos arriba citados, y los que se pudieran citar, el de la iglesia de San Ginés, en Narbona, pues sólo tenía un cinturón ceñido a los riñones. Este piadoso uso de cubrir la desnudez de los Cristos, que aun se conserva en Roma, comenzó en el siglo VIII, como lo prueba el crucifijo en mosaico del papa Juan VII, citado más arriba.

En los siglos siguientes se modificó esta costumbre, reduciéndose el vestido a una túnica o jubón.

Poco a poco el horror que inspiraba a los fieles la desnudez del Salvador se fué disipando, y sólo quedó a los Cristos por vestidura la faldilla o paño que aun se les pone. Algún Cristo español de los siglos X y XI, tallado en madera, aparece vestido, pero son excepciones, pues en la época en que nos referimos se los representaba en la forma últimamente dicha. El crucifijo que Carlo Magno regaló a la basílica de San Pedro sólo llevaba el paño, mientras que otros coetáneos están vestidos como los de España.

Los demás detalles del crucifijo han sufrido también modificaciones a través de las épocas. Es de advertir que los investigadores no están de acuerdo acerca de si fueron tres o cuatro los clavos que pusieron a Jesús al crucificarle; la opinión más general es que fueron cuatro, pues así lo practicaban los romanos, según testimonio de San Cipriano, en cuyo tiempo aun se daba el suplicio de la cruz. La tradición responde a esta misma creencia, y también los crucifijos más antiguos, como el del tesoro de Maguncia, y la costumbre de poner cuatro clavos continuó toda la Edad Media, no faltando quien crea que la costumbre de poner tres clavos en el crucifi-

jo se introdujo en la época del Renacimiento, y se cita a Cimabue y Margaritone como los primeros artistas que se permitieron esta licencia en sus grandes Cristos pintados, que aun se ven en Santa Cruz de Florencia.

Un antiguo medallón de plata perteneciente al Gabinete del Seminario de Milán, representa a un Cristo cuyos pies están cruzados y no sobrepuestos, circunstancia que se considera única entre los crucifijos. Lo mismo que con respecto de los clavos ocurre acerca del subpedáneo o tablilla fijada en la cruz

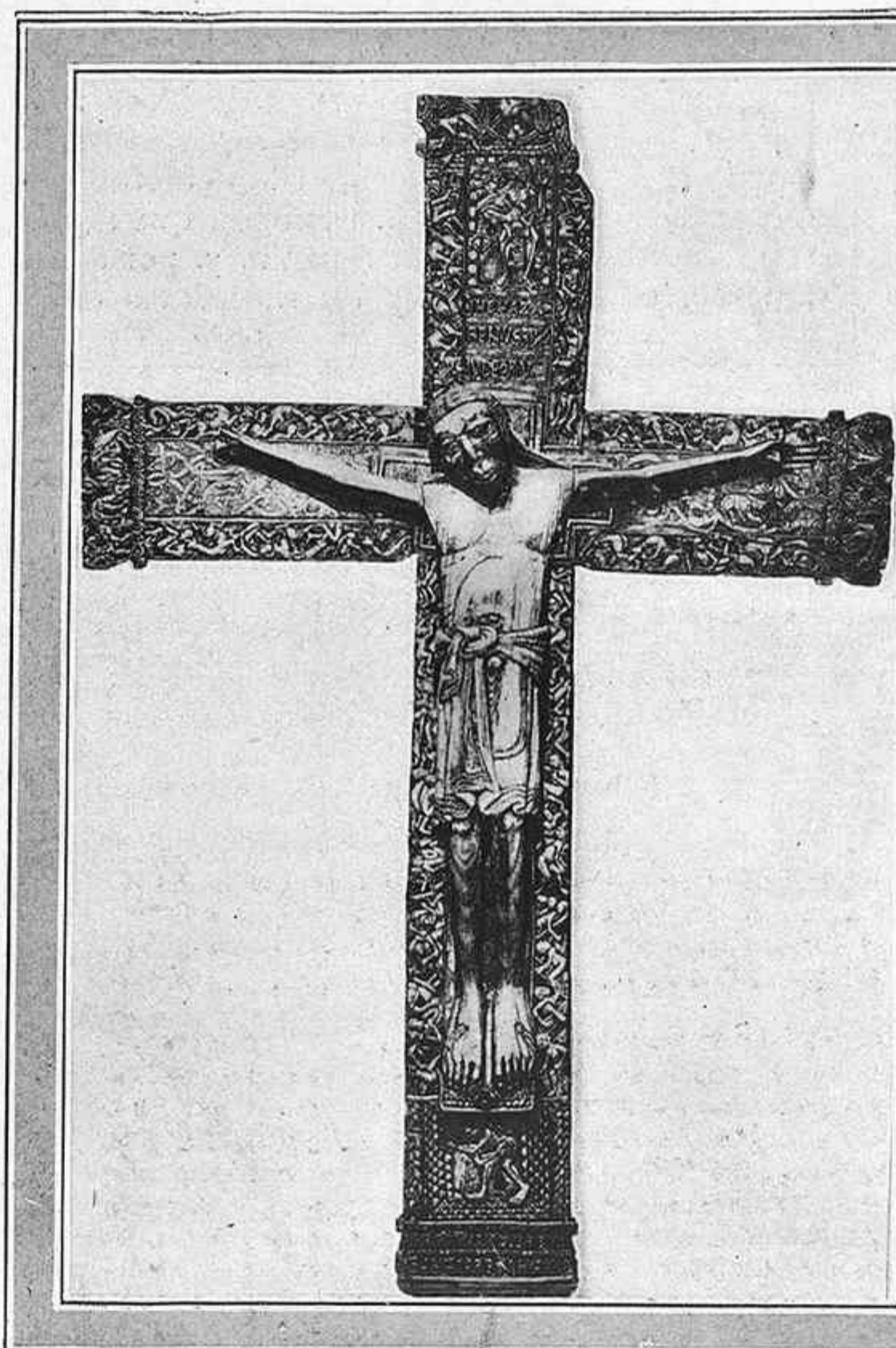
empezaron a generalizarse hasta el siglo VIII. Suelen aparecer asimismo al pie de los crucifijos los soldados echando suertes sobre la túnica: un hombre medio tendido, o levantándose del suelo, que es la imagen de la humanidad humillada por el pecado original y que se levanta por la gracia de la Redención, y los emblemas de los cuatro Evangelistas, que en muchas cruces ocupan los extremos.

La costumbre de colocar al pie del crucifijo un cráneo, solo o acompañado de dos huesos cruzados, es relativamente moderna, y se supone que en un principio ponían un cráneo de cordero en substitución del cordero mismo que se puso en los primeros crucifijos. En el crucifijo del díptico de Rambona se ve al pie de la cruz a la loba amamantando a Rómulo y Remo, y este emblema significa que Cristo con su cruz con-

El crucifijo de León lo reproducimos en la presente página.

Salamanca posee también numerosos crucifijos y cruces de suma importancia artística, algunos de los cuales asimismo reproducimos.

El *Cristo de las batallas*, llamado así porque se dice que lo llevaba siempre consigo el confesor de el Cid Campeador, es de madera, de 75 centímetros de alto y es obra del siglo XI o XII. Aunque su dibujo aparece muy tosco, quizás no lo resultaría tanto si una mano hábil lo despojase de las muchas



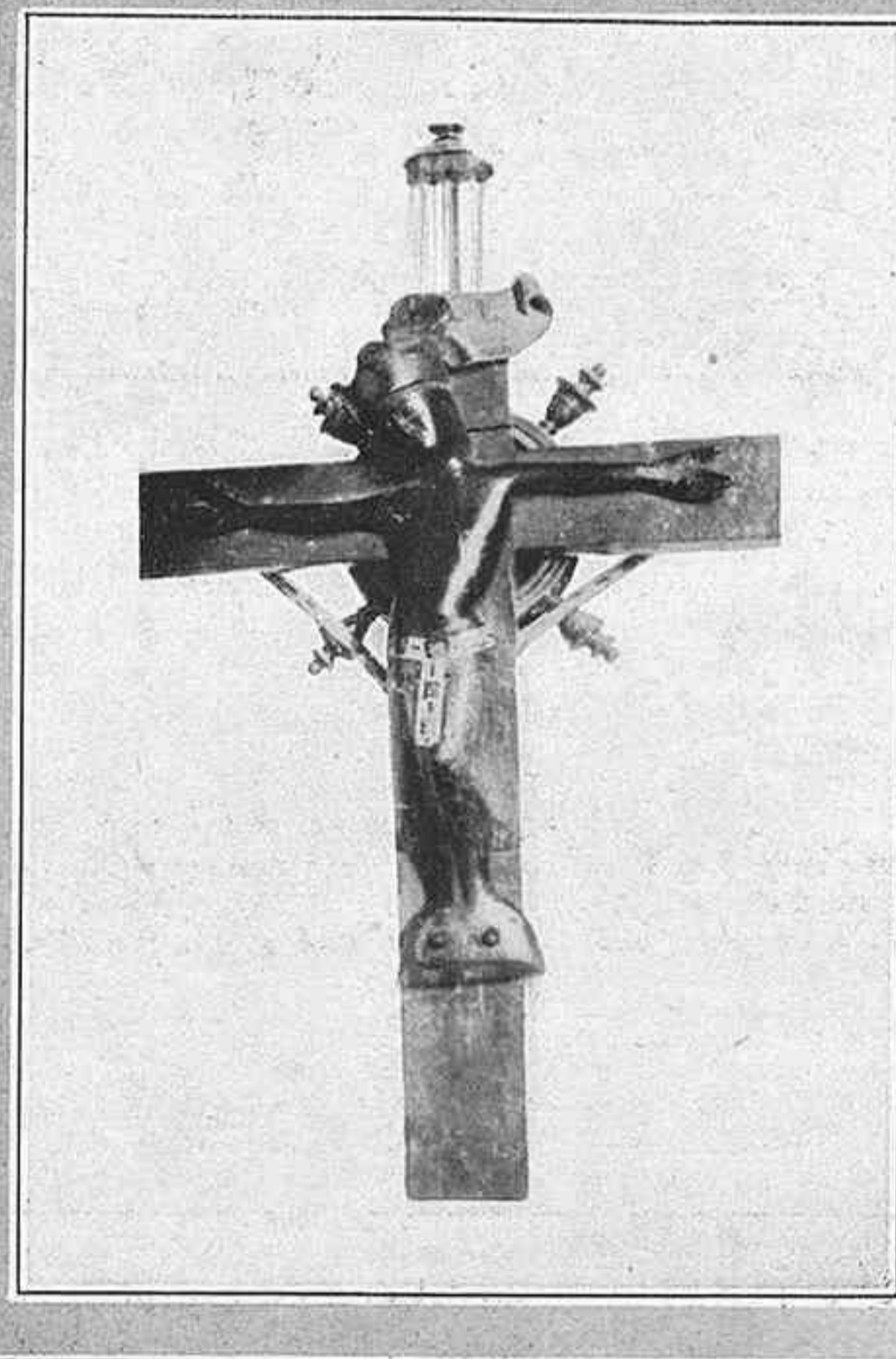
Museo Arqueológico Nacional. - Crucifijo de marfil regalado por D. Fernando I y Doña Sancha a la iglesia de San Isidoro de León. Siglo XI. (Anverso.)

en que reposan los pies del Salvador; pero este punto no se ha podido esclarecer tan satisfactoriamente como el de los clavos. En crucifijos antiguos se ve dicha tablilla; en cambio en otros falta, y en rigor el *suppedaneum* no fué muy usado por los romanos.

También parece que la cruz tuvo otro apoyo que, pasando entre las piernas del paciente, sostenía el peso del cuerpo; pero los artistas nunca han tenido en cuenta esta circunstancia para representar al Crucificado.

En cuanto a la tablilla en que, según la tradición, se escribió el conocido lema del Nazareno en tres lenguas, los artistas generalmente han puesto las siglas, y muchas veces las han omitido. Los demás accesorios que acompañan a los crucifijos se refieren a la pasión. En las pinturas, en los mosaicos, en los bajos relieves de los dípticos, etc., aparece el Sol y la Luna; el primero en forma de disco y la segunda en la figura del creciente, a los lados de la cabeza del Salvador; otras veces están representados en dos medias figuras humanas con diadema. La creencia vulgar es que estas imágenes colocadas sobre los crucifijos expresan la obscuridad simultánea que sufrieron ambos astros en el momento de expirar el Redentor; pero el P. Martigny entiende que se ha querido expresar con dichas imágenes la doble naturaleza de Jesucristo: la divina por el Sol, que brilla con luz propia, y la humana por la Luna, cuerpo opaco que sólo brilla con luz reflejada. Viene en apoyo de esta opinión la circunstancia que acompaña al fresco que hay en el cementerio de San Julio, de que ambos astros arrojan un rayo sobre la cruz, y otros detalles, como, por ejemplo, las siglas A y Q que se ven en otros ejemplares.

Al pie de la cruz se ha puesto frecuentemente a la Virgen y a San Juan apoyando las mejillas sobre la mano, además que fué habitual en los antiguos para expresar el dolor. En las cruces portátiles estas figuras suelen aparecer representadas en busto, y dentro de los medallones que adornan los extremos del travesaño de la cruz. También se suelen acompañar a los crucifijos dos soldados, uno con la esponja, y otro con la lanza; pero estas imágenes son raras en los crucifijos más antiguos, y no parece que



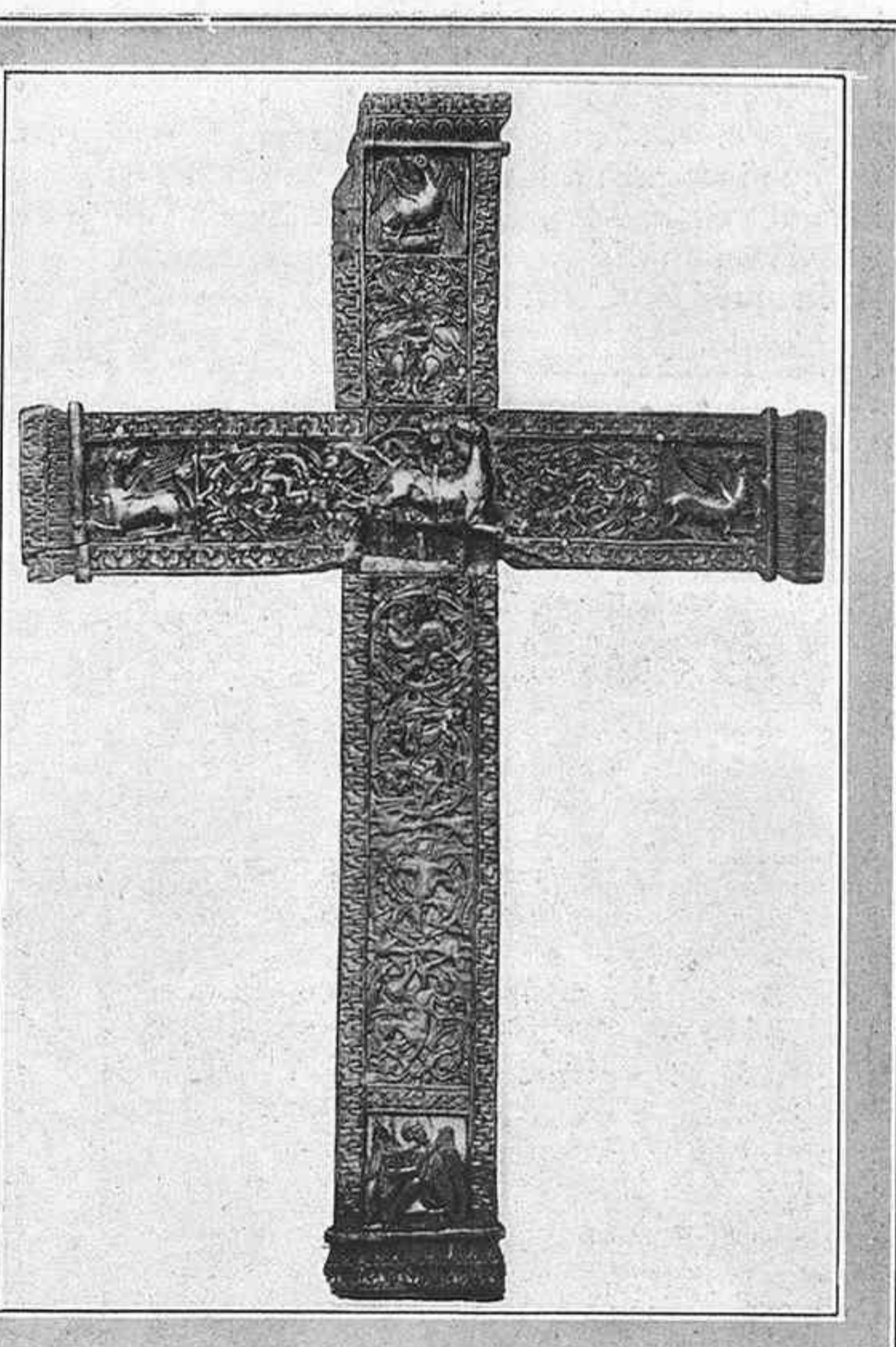
Salamanca. - Catedral nueva. Cristo del Cid, 17 centímetros y medio de alto. Obra de Limoges (Francia)

quió todo el mundo romano. Otra cuestión referente a los crucifijos, es si siempre se ha representado a Jesús vivo o muerto, o si de las dos maneras indistintamente. Puede afirmarse que hasta el siglo XI se le representó vivo, y muerto desde esa época. Las primeras imágenes ofrecían, dice Martigny, en algún modo, un emblema de la inmortalidad.

Señaladas ya las particularidades iconográficas referentes al crucifijo, daremos noticias ahora de algunos de los crucifijos más notables. Circunscribiéndonos a España, puesto que en los párrafos anteriores hemos mencionado algunos extranjeros, citaremos en primer término el interesante crucifijo de marfil, esculpido en el siglo XI, y donado a la iglesia de San Isidoro de León por el rey D. Fernando I y su mujer doña Sancha, cuyos nombres se leen al pie de la cruz. Esta joya arqueológica se halla hoy en el Museo Arqueológico Nacional. Es de estilo románico con alguna influencia árabe; el Cristo destaca en medio relieve, y aunque desproporcionado y de ejecución algo bárbara, está hecho con mucho espíritu, y los ojos son de incrustación. Mayor interés artístico que el frente ofrece el reverso, el cual está cuajado de primorosa y gallarda ornamentación, entre la cual se mezclan figuras de animales, y lleva en los extremos las figuras simbólicas de los Evangelistas. En el frente aparece, en la parte inferior, la figura de un hombre levantándose del suelo, emblema de la humanidad redimida, según queda antes expresado. Este crucifijo es de los más antiguos que se conocen en España.

Le siguen en antigüedad los crucifijos de cobre con algunas partes esmaltadas, en los que el Salvador lleva corona dentellada, correspondientes al siglo XII, y que tanto abundan en Castilla.

El Museo Arqueológico Nacional posee, además del crucifijo de León y algún ejemplar de los acabados de citar, otros varios también interesantes por más de un concepto. Hay uno que data del siglo XIII, perteneciente al estilo de transición del románico al ojival, repujado en plata, con la figura simbólica de la humanidad al pie.



Museo Arqueológico Nacional. - Crucifijo de marfil regalado por D. Fernando I y Doña Sancha a la iglesia de San Isidoro de León. Siglo XI. (Reverso.)

capas de yeso y de pintura que han estropeado su labor. Tuvo gran devoción esta imagen, y en 1734 fué trasladada desde la catedral vieja, en donde se hallaba, a la capilla central del testero de la catedral nueva.

El *Cristo de los Carboneros* es de madera pintada, mide 1,92 metros y data de fines del siglo XII. La cabeza del Cristo es algo pequeña y estrecha. La obra es románica del tipo de los llamados *Majestades* en Cataluña.

El *Cristo de la Zarza* tiene 1,92 metros de alto, es de madera de nogal y corresponde al siglo XII. Antes tenía una corona real que ahora le falta. El sudario es muy característico, y la estructura del desnudo es bárbara y rudimentaria.

El Crucifijo de la iglesia de San Bartolomé está en la sacristía y es de tamaño natural, hallándose muy bien conservado; muestra profunda expresión de dolor y presenta el cuerpo muy arqueado con una gran herida en el costado derecho.

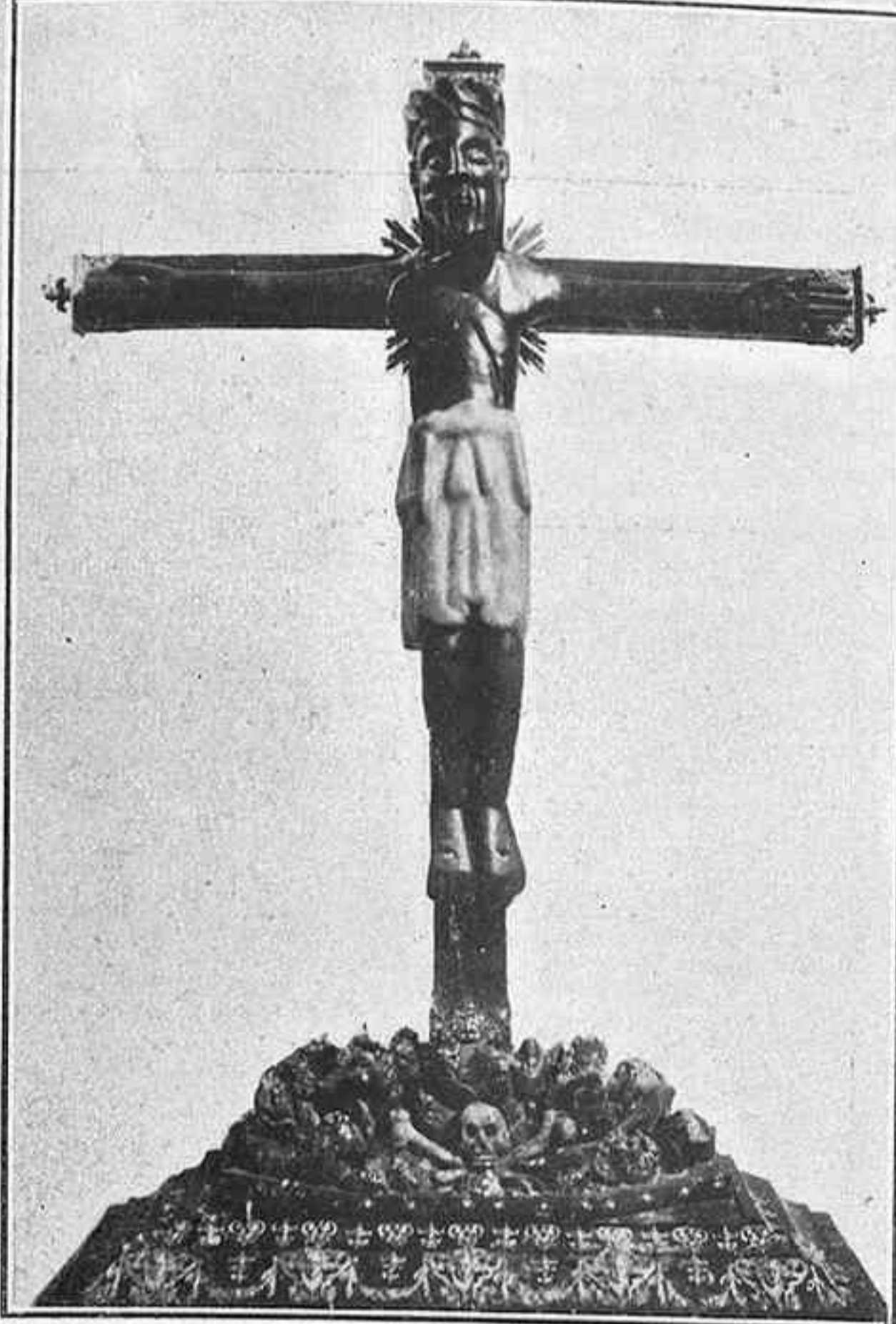
La Cruz del Convento de Monterrey es de ébano con remate de oro esmaltado; tiene una altura de 1,27 metros y en ella aparece pintada por mano muy hábil la imagen del Redentor en la agonía. La cedió a dicho convento en su testamento la condesa de Monterrey, expresando que su marido tuvo toda su vida extraordinaria devoción a esta efigie para él muy milagrosa.

El Crucifijo del convento de Santa Isabel, obra del gran Martínez Montañés, es de tamaño original y parece ser una buena imitación del famoso Cristo de la Cartuja de las Cuevas.

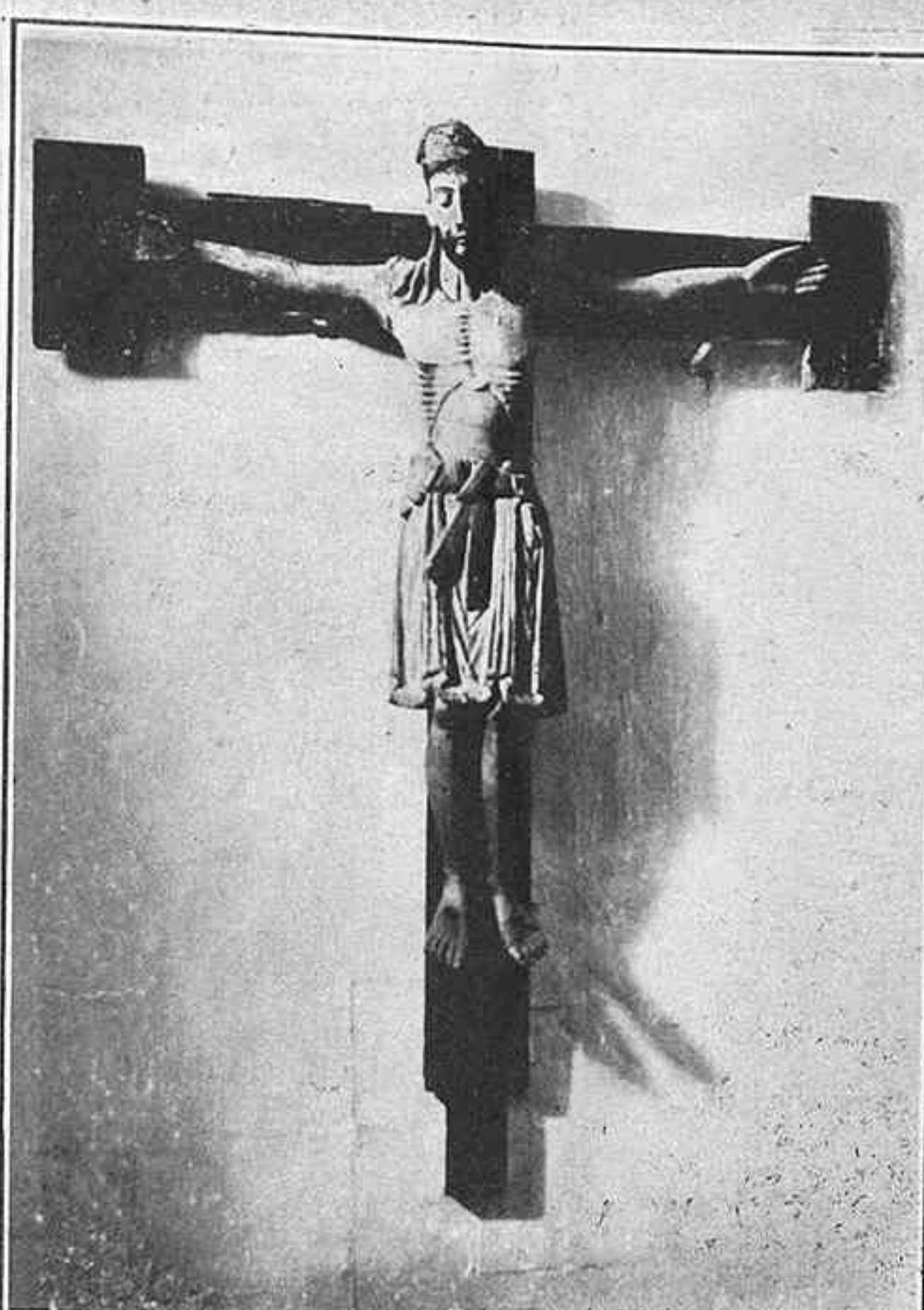
El Cristo del Cid créese que perteneció a Ruiz Díaz de Vivar y según la tradición lo regaló a la catedral D. Martín López de Hontiveros, arzobispo de Valencia. Se conserva en un relicario y es de cobre dorado, con el sudario esmaltado en blanco y azul. Ostenta corona Real. Es obra fabricada en Limoges, de estilo bizantino y mide 18 centímetros de alto.

Hoy está clavado en una tosca cruz de madera pero antiguamente debió formar parte de una cruz procesional del siglo XIII. La inscripción es más moderna.

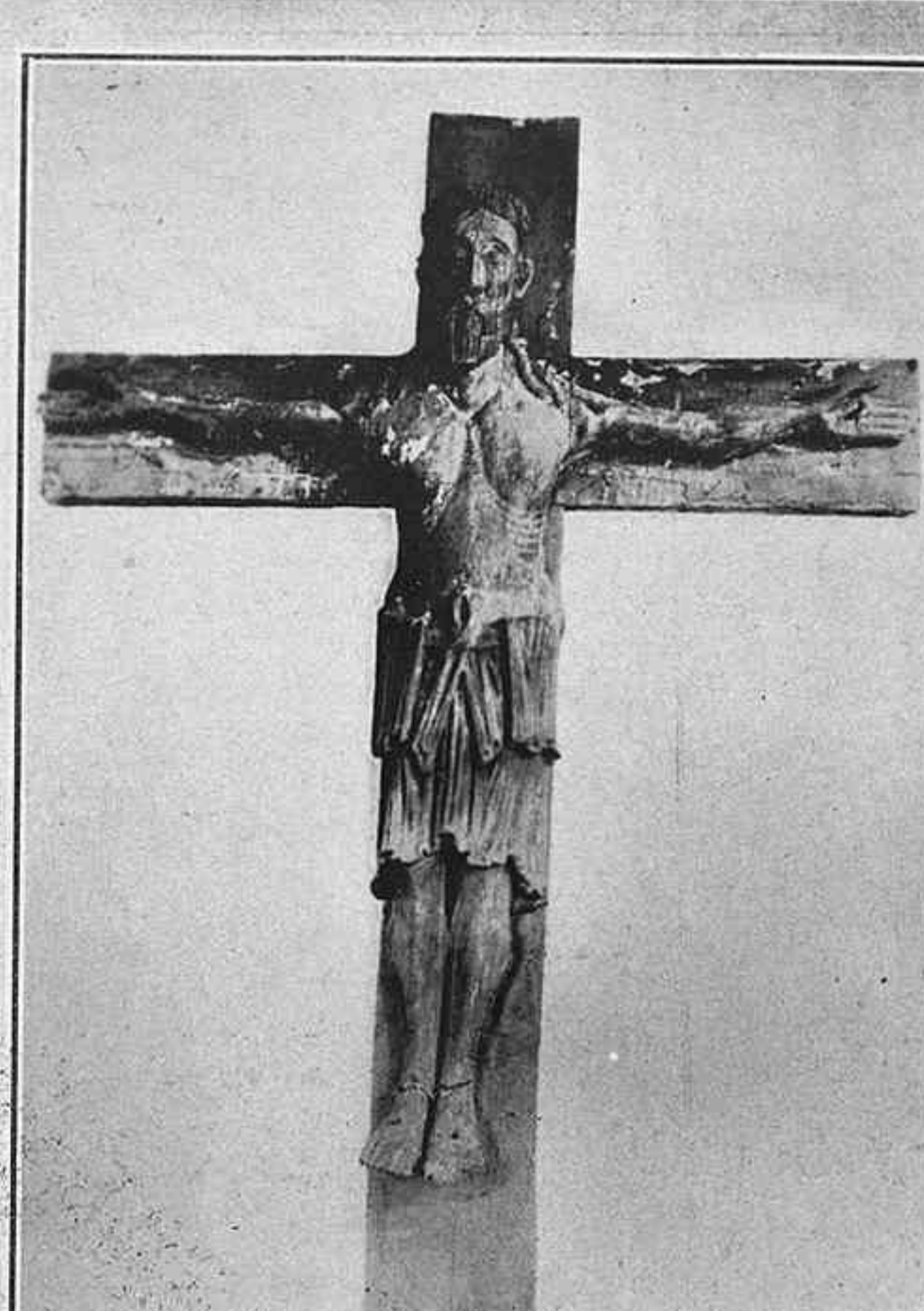
(Fotografías de Asenjo.)



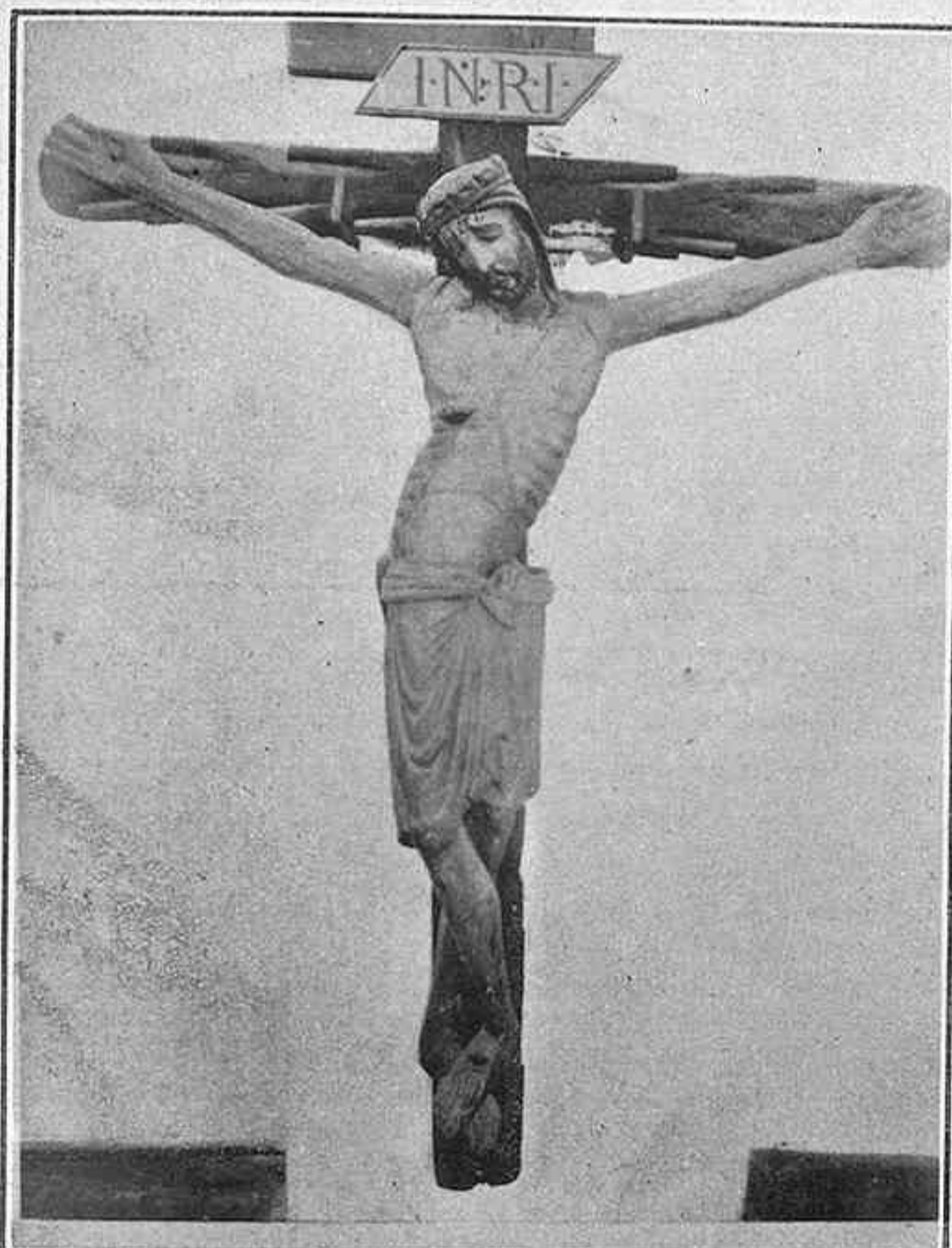
Salamanca. - Catedral nueva. Cristo de las batallas. Fué del confesor de Ruy Díaz de Vivar (El Cid). Es de madera. Siglo XI o XII.



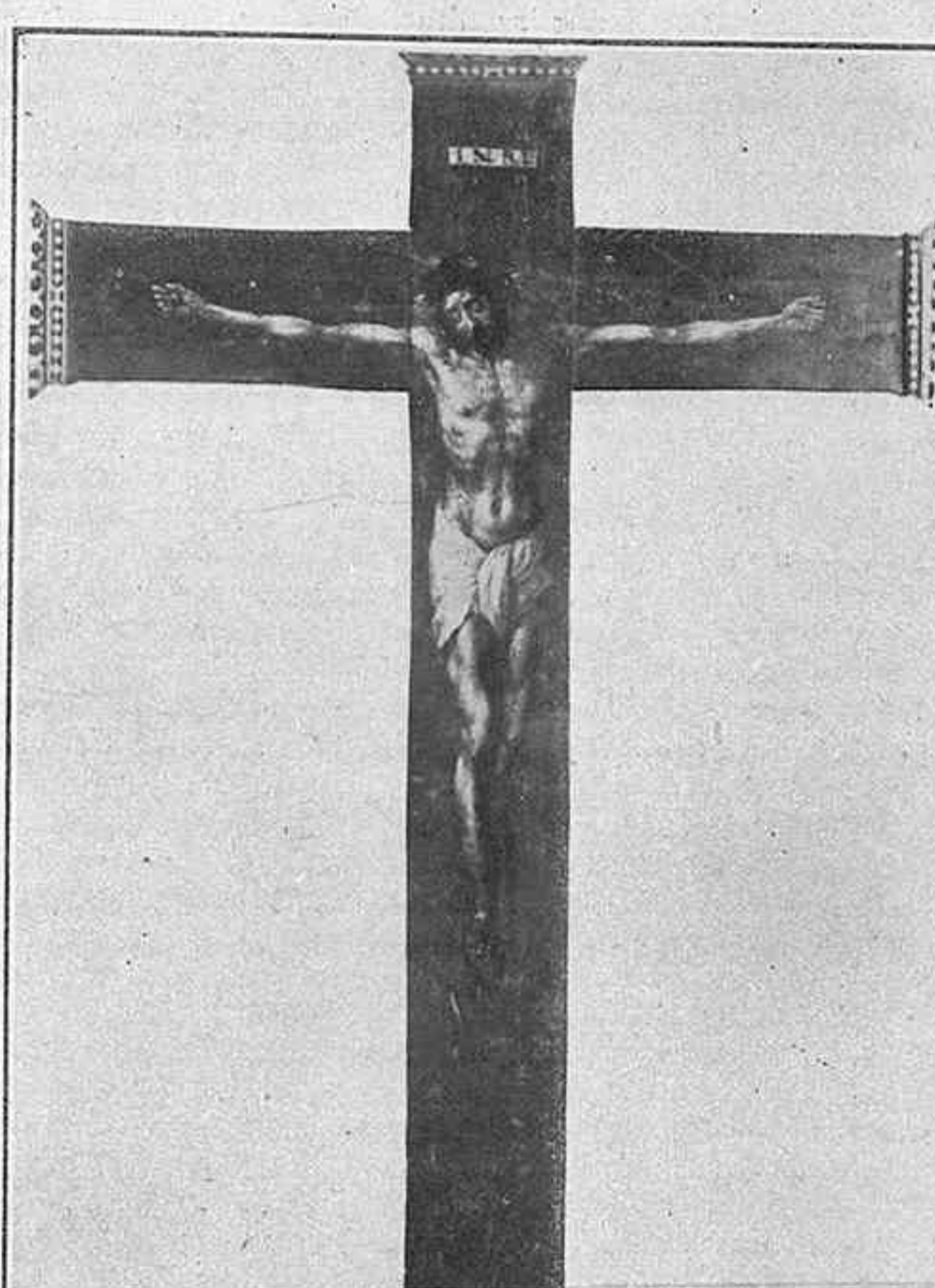
Salamanca. - Cristo de los Carboneros. Iglesia de San Cristóbal. Madera pintada. Mide 1,92. Fin del siglo XII. Románico bizantino de los llamados «Majestades».



Salamanca. - Cristo de la Zarra. Iglesia de San Juan de Barbados. Mide 1,97 de alto. Es de nogal. Siglo XII



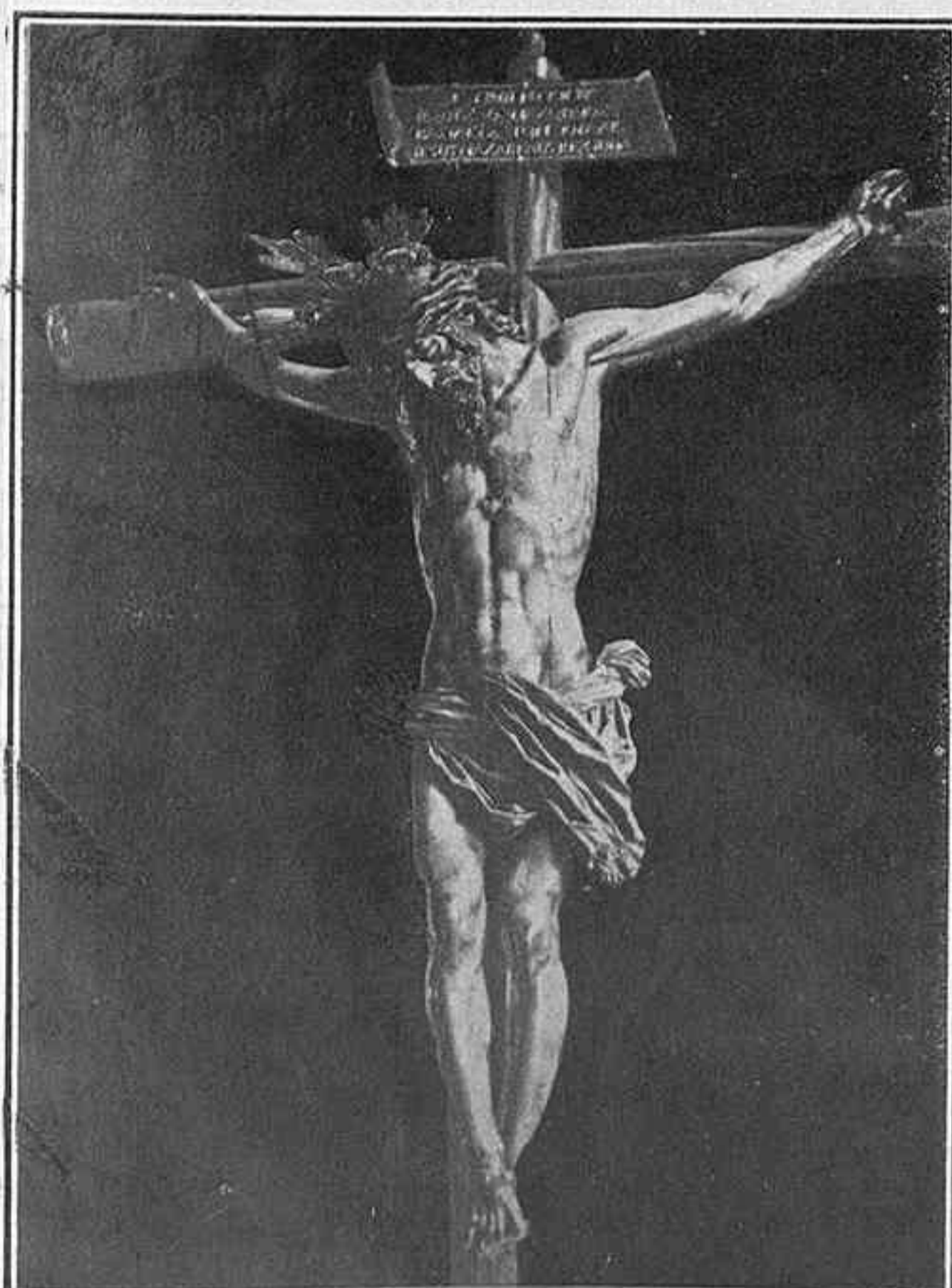
Salamanca. - Iglesia de San Bartolomé. Crucifijo tamaño natural. Cruz de gajos. Siglo XIII



Salamanca. - Convento de Monterrey. Cruz de ébano pintada con remates de oro esmaltado. Alto 0,27. La cedió la condesa de Monterrey.



Salamanca. - Convento de Santa Isabel. Crucifijo tamaño natural, por Martínez Montañés. Es una buena imitación del Cristo de la Cartuja de las Cuevas.



Sevilla. - Cristo del Amor, de J. M. Montañés, existente en la iglesia del Dulce Nombre



Cruz de principio del siglo XVI que llevó al ir al patíbulo María Estuardo. Hoy propiedad de la Reina madre María Cristina.



Sevilla. - Santo Cristo de la Expiación. (El Cachorro de Triana), en la capilla del Patrocinio

LA GUERRA EUROPEA

(Fotografías de Rol, Photo-Reportage y Central News.)



París. En los Inválidos. - El general Cousin, acompañado del general Noix, inaugura una lápida conmemorativa en la que están grabados con letras de oro los nombres de diez generales muertos en el campo de batalla durante la actual guerra

Teatro de la guerra de Occidente. - Los alemanes han emprendido, en la región de Verdún, una nueva ofensiva, no menos violenta que las anteriores, en una extensión de más de veinte kilómetros, habiéndose probado una vez más la energía de los atacantes y la valerosa y hábil resistencia de los atacados.

Los franceses han realizado nuevos progresos en el bosque de la Caillette y han avanzado al Sudeste del frente de Douaumont, en las trincheras de comunicación alemanas, en un frente de 500 metros y en una profundidad de 200, y han rechazado ataques contra el pueblo de Haucourt, contra las primeras líneas situadas a 300 metros al Sur de Douaumont, contra la parte Sur y la salida Este del pueblo de Bethincourt, progresando algo al Sudeste del mismo en las galerías y elementos de trincheras anteriormente ocupados por los alemanes, contra las posiciones al Sur y a la salida Noroeste de Haucourt, contra las posiciones al Sur del arroyo de Forges, contra el frente Mort-Home-Cumieres, contra una trinchera al Norte de la cima del fuerte de Vaux y contra el conjunto del frente desde Avocourt hasta Cumieres. Reconocen, en cambio, que los alemanes han puesto el pie en una pequeña obra entre Haumont y la cota 287, y que después de haberse apoderado de algunas posiciones de primera línea a lo largo de la carretera de Bethincourt a Chatancourt, han tomado el primero de estos dos pueblos, que dicen haber ellos evacua-

do voluntariamente por resultar su posesión insostenible.

Respecto de los demás puntos del frente, en los Vosgos han rechazado fuerzas enemigas que intentaban acercarse a las trincheras al Sudeste de Seppois-le-Haut y dispersado un reconocimiento que trataba de aproximarse a las trincheras al Sudeste de Celles; y en Lorena han rechazado ataques en el sector entre Arracourt y Saint-Martin.

Los ingleses dicen que los alemanes han logrado recuperar en Saint-Eloy parte del terreno que ellos les habían tomado.

Los alemanes se han apoderado de algunas obras defensivas al Sudoeste y al Sur de Douaumont, y en el bosque de la Caillette rechazando algunos contraataques; han tomado por asalto el pueblo de Haucourt y un punto de apoyo al Este del mismo; se han adueñado de toda la posición francesa en la ladera de la colina situada al Sur del pueblo citado, en un ancho de unos dos kilómetros; y han ocupado Bethincourt y los puntos de apoyo fortificados al Sudoeste de dicha población llamados de Alsacia y Lorena.

En el frente inglés han ocupado las posiciones de los cráteres al Sur de Saint-Eloy, rechazando los intentos del enemigo para recuperarlos.

Teatro de la guerra de Oriente. - Aparte de las luchas de artillería, las operaciones siguen encalmadas a consecuencia de que con el deshielo están intransitables todos los caminos.

Los rusos han ocupado Svrerkovce y los bosques próximos, rechazando los contraataques enemigos para recuperar uno y otros; se han apoderado de algunos puntos de las posiciones alemanas en la región del pueblo de Blitznike; y en Galizia, han rechazado ataques austriacos en la región de Tarnopol y una ofensiva en la región del Strypa.

Los partes alemanes y austriacos se limitan a decir que no ha variado la situación en este frente. Sólo hablan de haber rechazado ataques en algunos puntos, entre ellos al Sur del lago Narotch.

Italianos y austriacos. - Los italianos han tomado una posición fortificada al Noroeste de Pracul, en el valle de Duoma, la localidad de Platz y una altura entre el puente de Plubeza y la cima de Palón, y han rechazado ataques contra las posiciones de Rauchkopf, Seltz y Vodil, contra su línea del



Essad Bajá, jefe del gobierno albanés, saliendo del Hotel Majestic y dirigiéndose al Ministerio de Negocios Extranjeros, en donde fué recibido por el presidente del Consejo de Ministros francés Sr. Briand.

monte Subotino (Isonzo) y contra el torrente de Larganza, en el valle de Sugana.

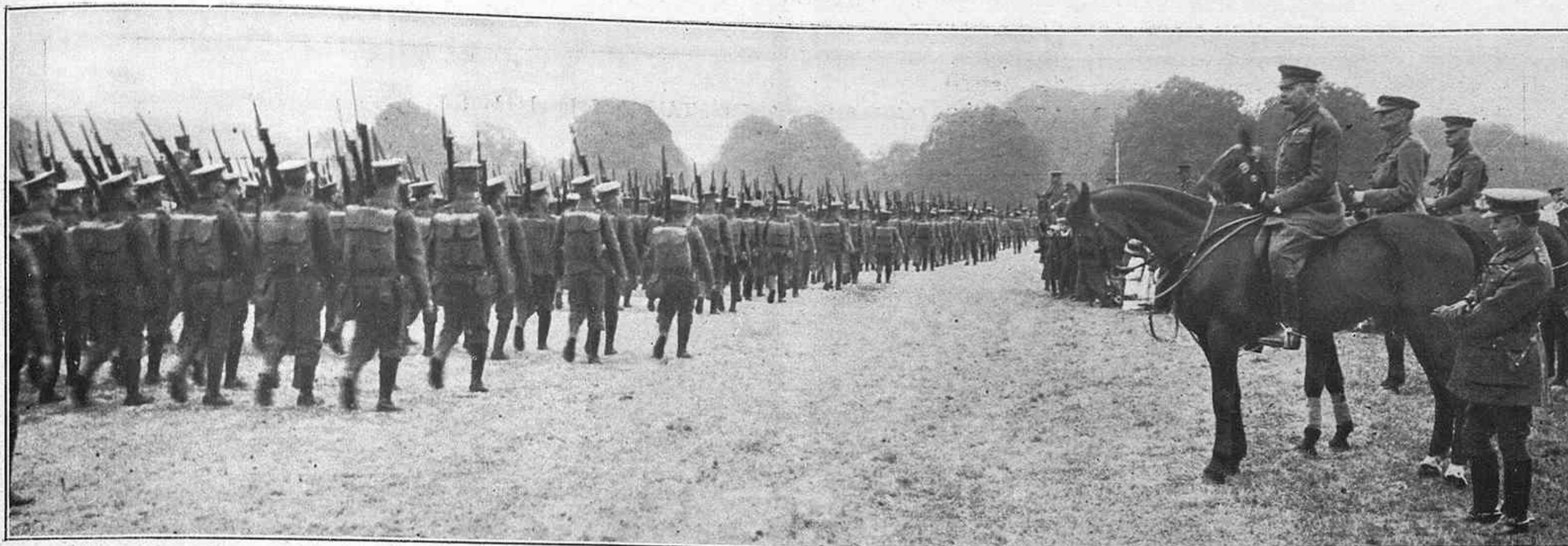
Los austriacos han desalojado a los italianos de la posición que habían logrado ocupar en el sector de Rauchkopf, han penetrado en una posición avanzada enemiga en la alta planicie de Doberdo, y han rechazado ataques contra las posiciones situadas cerca del bosque de Santos y en el sector del valle de Ledro.

El ministro de la Guerra de Italia general Zupelli ha presentado la dimisión y sido substituído por el general Morrone, uno de los principales reorganizadores del ejército italiano.

Guerra aérea. - Los zeppelines han efectuado nuevos raids sobre las costas Sudeste y Nordeste de Inglaterra, habiendo lanzado bombas que han matado o herido a varias personas y ocasionado daños de alguna importancia.



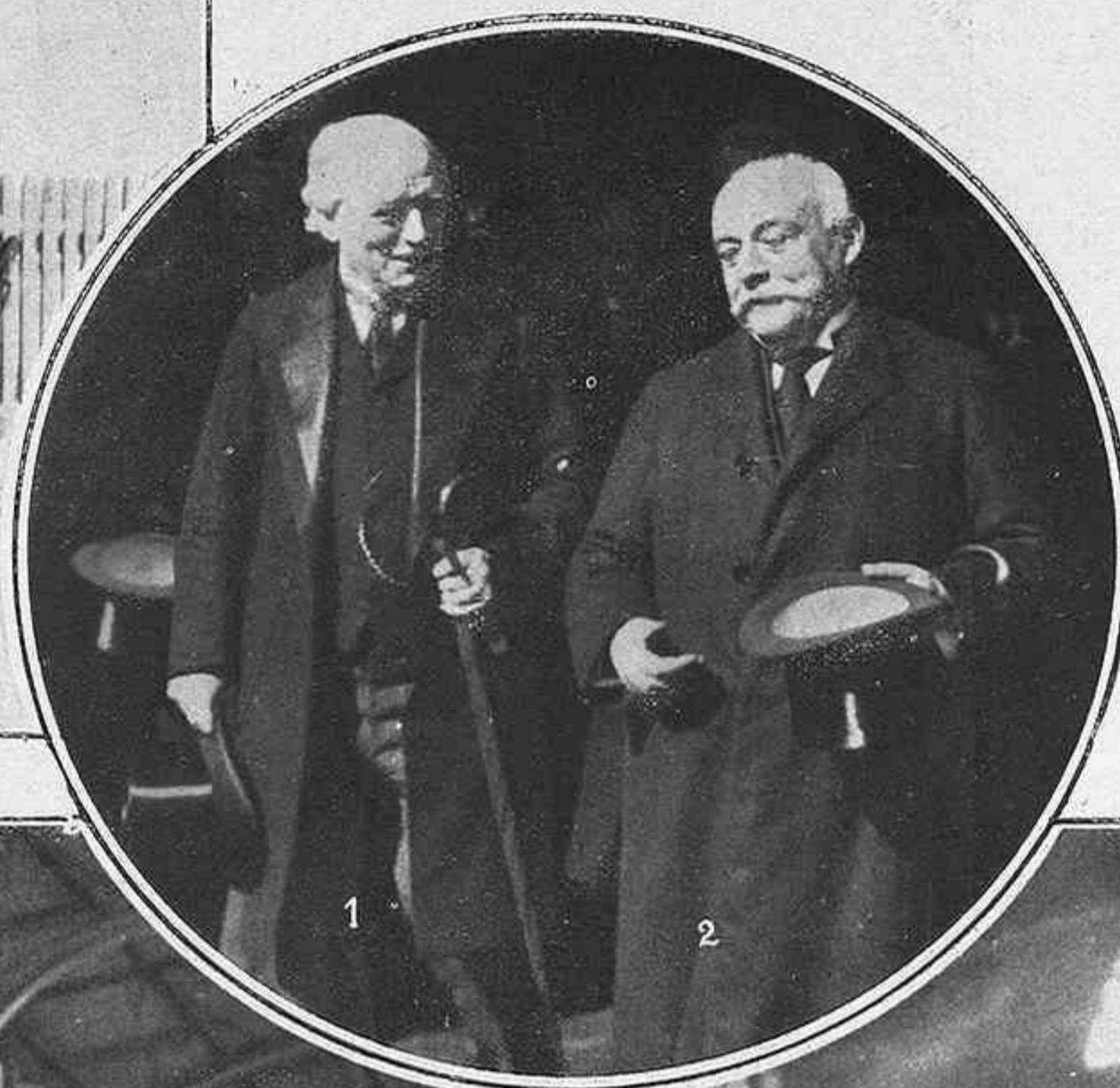
El nuevo ministro de la Guerra italiano, teniente general Pablo Morrone. - Londres. Ancianas del Asilo de la Unión de Holborn presenciando los ejercicios de las mujeres de la Reserva voluntaria femenina que prestan el servicio de bomberos durante la actual guerra. (Véase la cubierta de este número.)



Lord Kitchener revistando el nuevo ejército inglés



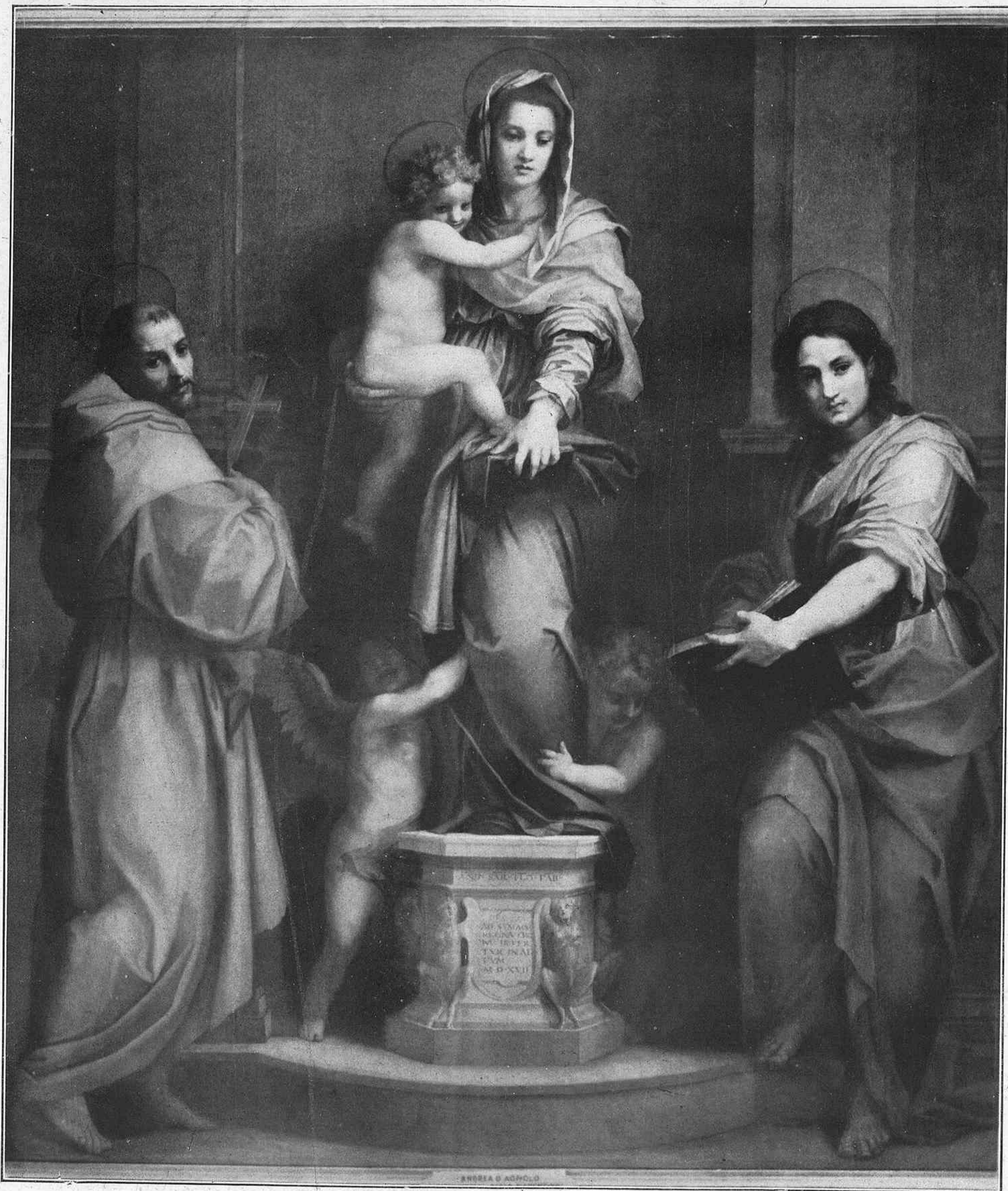
El mariscal príncipe Leopoldo de Baviera recorriendo en trineo las líneas alemanas del frente ruso. (De fotografías de Parrondo.)



Roma. - Llegada de Mr. Asquith (1), primer ministro inglés, a quién recibió en la estación el Sr. Salandra (2), presidente del Consejo de Ministros italiano. (Fot. de Tramfus.)

El Cairo. - Soldados indios que después de haber combatido en Galípoli se dirigen a Suez y a la India. (De fotografía de Central News.)

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA RELIGIOSA



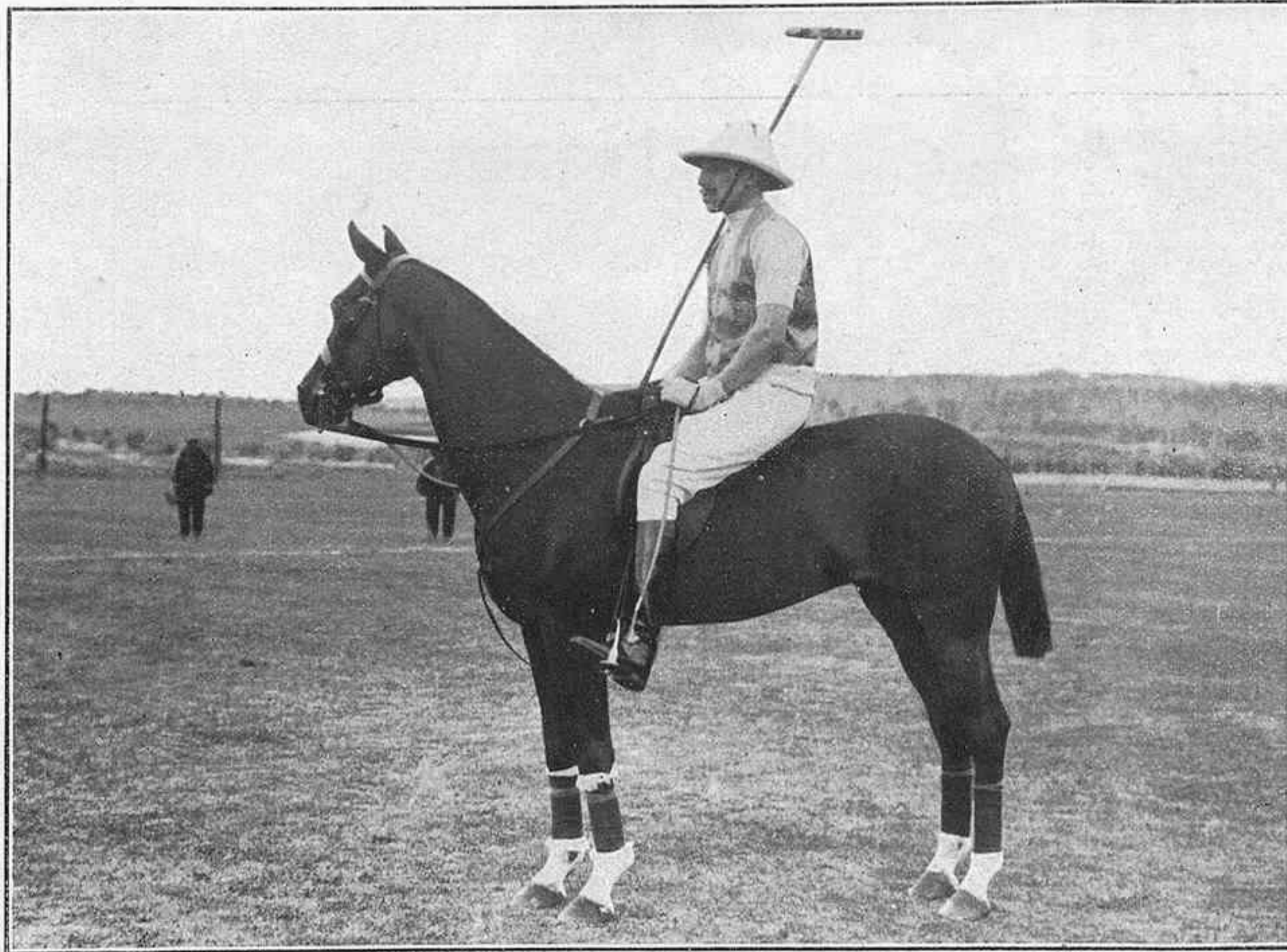
MADONNA, cuadro de Andrea del Sarto que se conserva en la Galería de los Uffizi, de Florencia

(De fotografía de E. Alinari.)



MADONA LLAMADA DE FOLIGNO, cuadro de Rafael Sancio que se conserva en la Pinacoteca Vaticana

(De fotografía de E. Alinari.)



Madrid. - S. M. el Rey D. Alfonso XIII en la Real Casa de Campo antes de comenzar un partido de polo

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de Serra y J. Vidal.)

S. M. el Rey en la pista de polo de la Casa de Campo. - D. Alfonso XIII siente gran afición por los deportes



Noche galante, cuadro de Federico Beltrán y Masés adquirido por S. M. el Rey D. Alfonso XIII

ya a ellos dedica buena parte del escaso tiempo que le dejan libre los negocios de Estado. Uno de los que con predilección cultiva es el polo, y muchos son los días en que juega algún partido en la hermosa pista de la Real Casa de Campo, acompañado de otros distinguidos y aristocráticos deportistas. El adjunto grabado representa al Soberano antes de comenzar uno de los interesantes partidos jugados estos últimos días.

Banquete al pintor Federico Beltrán. - En el Palace Hotel se ha celebrado recientemente un banquete con que la intelectualidad madrileña ha querido obsequiar al notable pintor Sr. Beltrán por el éxito que ha obtenido su exposición, en la cual nos ocupamos en el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Asistieron a la fiesta el subsecretario de Instrucción Pública D. Natalio Rivas en representación del ministro; el director general de Comunicaciones señor Francos Rodríguez; los artistas y críticos Sres. Benlliure, Romero de Torres, Laroche, Zubiaurre, Nes-



Madrid. - El notable pintor Federico Beltrán (x) rodeado de los concurrentes al banquete que en su honor se ha celebrado en el Palace Hotel por el éxito obtenido en su exposición

tor, Santamaría, López Mezquita, Verdugo, Zavala, Francés, Trigo, Gil Fillol y otros muchos hasta el número de más de cien comensales. Se adhirieron a ella, entre otros, los Sres. Villegas, Benedito, Pinazo, Sorolla, Alvarez Sotomayor, Rodríguez Acosta, Moreno Carbonero, Llaneces, Simonet y Carlos Vázquez, en nombre del Círculo Artístico de Barcelona.



Madrid. - S. M. la Reina Doña Victoria saliendo de la iglesia de San Francisco, en donde asistió a la función organizada por la Congregación de Madres cristianas.

A la hora de los brindis, el Sr. Francos Rodríguez ofreció el banquete al Sr. Beltrán, dedicando grandes elogios a la juventud española que, a pesar de la falta de protección del Estado, trabaja cada día más y con mayores entusiasmos por la prosperidad y el engrandecimiento del Arte.

El subsecretario de Instrucción Pública se asoció a estas manifestaciones brindando también por la juventud laboriosa.

Puso término a los discursos el homenajado leyendo unas sentidas cuartillas, en las que, después de agradecer profundamente el obsequio que se le tributaba, dijo:

«Nunca pensé, aun sabiendo ya que la hidalguía de Madrid está formada y engrandecida por todas las hidalguías regionales de España, que tan espléndido pago dierais a quien nada merece, pero que sentía levemente la amargura de los ataques injustos y de los desconocimientos voluntarios. Viaje de desencanto era el mío a París antes de mi exposición y de vuestra bondadosa acogida; viaje alentado y feliz será ahora en que oí vuestras palabras y vi cómo precisamente a vosotros, los elegidos de la admiración y los elegidos de la amistad, no pasaba inadvertido mi esfuerzo.»

»Fiesta de juventud es ésta, amigos míos, en la que se toma como pretexto mi nombre para recordarle a la gente que hay un renacimiento en nuestro Arte contemporáneo.

»Joven como nosotros, S. M. el Rey D. Alfonso XIII, al adquirirme una de las obras de nueva inspiración y menos ajustada a rancias preceptivas, ha simbolizado también este bienestar de nosotros mismos y este derecho que tenemos a decir más allá de los horizontes hasta qué punto somos dignos de competir con los artistas extranjeros.»

Terminó brindando por la juventud, por el Arte y porque los esfuerzos de todos, hasta ahora aislados, se unan para la prosperidad y la gloria de la Patria.

S. M. la Reina Doña Victoria en San Francisco de Borja. - La Congregación de las Madres cristianas celebró hace pocos días en la capilla de las Congregaciones de la iglesia de San Francisco de Borja una función religiosa a la que asistió S. M. la Reina Doña Victoria, acompañada de S. A. la Infanta Doña Luisa. Estas augustas damas fueron recibidas con los honores correspondientes y penetraron bajo palio en el templo, que estaba ocupado por numerosa concurrencia.

Después de rezado el Santo Rosario, el P. Oliver Copons, director de la Congregación, pronunció una sentida plática, poniendo de relieve la hermosa obra de las madres cristianas y dedicando grandes elogios a la Reina, que tan alto ejemplo da, y al Rey por la labor que realiza en favor de todos los prisioneros de guerra.

LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT, PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

La joven dejóse caer en la silla más próxima y apoyando sus brazos en el alféizar ocultó en ellos su rostro, con ganas de llorar de despecho contra sí misma, por no haber sabido conservar su sangre fría ante la tranquilidad de Herberto.

A mediodía regresó éste y poco después bajó la señora consejera para anunciar solemnemente que las damas del palacio del príncipe deseaban recibir aquella tarde su visita y la de su nieta.

En su consecuencia, a las tres de la tarde volvía a cruzar el trineo la vasta planicie cubierta de nieve; pero ahora iba al lado de Margarita la señora consejera vestida con sus mejores galas, erguida y llena de impaciencia.

Herberto guiaba sentado detrás de su madre y de su sobrina, y cuando se inclinaba, Margarita podía sentir su aliento sobre sus mejillas.

Esta vez no tenía necesidad de que su tío la abrigara, pues a toda prisa se había comprado una capa de pieles; y al subir al trineo parecióle que Herberto miraba aquella adquisición con expresión sarcástica.

Rápidamente iban acercándose al palacio, que con sus grandes ventanales heridos por los rayos del sol, parecía, en medio de aquel campo de nieve, una joya puesta sobre un almohadón de terciopelo blanco...

Allá arriba, en Dambach, las chimeneas de la fábrica despedían nubes de humo; estos testimonios del trabajo se elevaban hasta el cielo como gigantes columnas negras y ocultaban victoriosamente, en un gran espacio, el claro azul del firmamento; pero sin que llegaran a empañar la transparencia del trozo que se extendía por encima del palacio. Así se lo hizo observar con visible satisfacción la señora consejera a su hija.

— Es porque en este instante el viento viene del Oeste; el del Norte no gasta tantos cumplidos y a menudo lleva partículas de hollín hasta las mismas ventanas del palacio, de lo que bien se quejan sus moradoras.

— Pero ¡por Dios!, exclamó la anciana indignada. ¿Acaso no hay manera de impedir esto?

— No veo más medio que apagar los fuegos de la fábrica cuando viene el viento de aquel lado.

— ¡Y que entonces una parte de los trabajadores se vayan a paseo y no tengan que comer!, exclamó Margarita indignada.

— ¡Vaya un modo de contestar!, díjole su abuela mirándole fijamente en la cara. ¡Valiente manera de prepararse para ser presentada en una casa de la más alta nobleza! Te suplico muy encarecidamente que no te comprometas ni nos comprometas a nosotros con esos lugares comunes liberalescos en que desgraciadamente te oigo incurrir muchas veces. El liberalismo ha pasado ya de moda ¡gracias a Dios!... En los círculos en donde he tenido la suerte de vivir, no ha logrado nunca echar raíces, y si de vez en cuando a alguno de los nuestros se le ha antojado coquetear con esa anticuada superchería del humanitarismo y de la libertad, se le ha curado de ello radicalmente... No quiero que a mí me suceda lo mismo.

En aquel momento, Herberto fustigó a los caballos, y el trineo se deslizó con doble velocidad por la helada superficie para detenerse un minuto después delante de la puerta principal del palacio del príncipe.

— ¡Ah, sí! Vivimos en una soledad espantosa, exclamó la baronesa, contestando a una observación de la señora consejera y contemplando con un hondo suspiro la inmensa y silenciosa sábana de nieve.

Hicieron luego las presentaciones, y entraron en el salón.

En las chimeneas de todas las habitaciones ardían montones de leña que templaban la atmósfera y hacían agradable la estancia en aquella mansión suntuosa llena de preciosas antigüedades.

El mobiliario del palacio no había sufrido alteración alguna desde larga fecha, lo mismo si lo había habitado un príncipe dotado o la viuda de algún príncipe.

Magníficos muebles de la época de Luis XIV llenaban las habitaciones, y los adornos de plata, bronce y concha que ostentaban relucían ahora igual que

cient años antes; únicamente parecían haber sido renovados para las personas que a la sazón habitaban el palacio, las telas de los muebles y los cortinajes que eran modernos y elegantes aunque muy sencillos.

— Desde la edad de dieciséis años, dijo la baro-



... se la puso con sus propias manos en el ojal de Herberto

nesa, he vivido en el gran mundo y no puedo en absoluto con la vida de eremita; aquí me moriría de tristeza si no supiese que algún día podré abandonar estas soledades.

Diciendo esto lanzó una mirada de inteligencia a Herberto, quien inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Aquella mirada llenó de satisfacción a la señora consejera que, encantada, dirigió la suya hacia donde estaba sentada la bella Eloísa.

Ésta, ricamente vestida, hallábase recostada en un sillón, en una actitud altiva e indiferente de verdadera princesa.

Después de haber dirigido a Margarita un par de frases amables, permaneció silenciosa; pero su rostro tenía una viveza y una animación insólitas en ella y que aumentaban su belleza de una manera asombrosa.

Algo lejos, pero en línea recta detrás de ella, pendía de la pared un retrato al óleo, de medio cuerpo, de una dama; vestía ésta un traje de terciopelo negro, y, por debajo de un sombrero adornado con largas plumas blancas, asomaba su magnífica cabellera rubia; su mano izquierda apoyábase sobre la cabeza de un lebre.

El parecido de aquel retrato con la bella Eloísa era sorprendente y así lo hizo observar la señora consejera paseando con asombro su mirada de una a otra.

— Si, es mucha la semejanza y se explica fácilmente, dijo la baronesa de Taubeneck. Ese retrato es el de mi hermana Adela, que se casó con el conde de Sorma y murió hace dos años, dejándome sumida en la mayor aflicción. Ahora mi cuñado, hombre de sesenta años, nos juega la mala pasada de casarse con la hija de su administrado, lo que me tiene fuera de mí.

— Lo comprendo, contestó la señora consejera en el colmo de la indignación; es muy duro, es verdaderamente deprimente tener que tolerar tales elementos en la familia. Pero, en mi concepto, son más despreciables todavía los modernos matrimonios con mujeres del teatro a que son tan aficionados ahora los grandes señores. Cuando me imagino que una estrella de la escena, quizás hasta una bailarina, que pocos días antes se presentó ante el público descomodamente vestida para recibir el aplauso de los hombres, entra de repente como dueña y señora en alguna antigua mansión condal, me estremezco de

horror y hasta la última gota de mi sangre se subleva.

Al oír estas palabras, Herberto tosió ligeramente y la baronesa, cogiendo un frasco de esencia, lo aspiró con tanta fuerza, como si se hubiese puesto de repente enferma.

En aquel momento entró un criado y entregó a la señorita de Taubeneck una carta, que le presentó en una bandeja de plata; Eloísa la cogió con un apresuramiento extraño en ella, y entró en una habitación contigua, desde donde, al poco rato, llamó a Herberto.

Margarita estaba sentada enfrente de la chimenea que ocupaba un ángulo de la estancia, y el gran espejo, algo inclinado hacia delante, que encima de aquella había, reflejaba, además de una parte del salón, con sus magníficos muebles, una ventana de la habitación contigua, en un rincón lleno de flores detrás de unas cortinas de tul.

En aquel rincón estaba de pie Eloísa, quien entregó a Herberto la carta que acababa de recibir; leyó-la él rápidamente y luego se acercó aún más a la joven.

Después los dos hablaron en voz baja, y en mitad del diálogo, Eloísa cogió una magnífica camelia encarnada y con una sonrisa muy significativa se la puso con sus propias manos en el ojal de Herberto.

— ¡Dios mío, cuán pálida está usted!, exclamó en aquel instante la baronesa cogiendo la mano de Margarita. ¿Se siente usted mal?

La joven, presa de gran emoción y poniéndose roja como una amapola, movió negativamente la cabeza y afirmó que se encontraba bien y que su palidez era consecuencia de su excursión con un tiempo tan frío.

En esto, volvieron al salón Eloísa y Herberto.

— ¿Cómo, ha saqueado usted mi mejor arbusto de camelias?, dijo la baronesa sonriendo y amenazando con el índice al joven consejero. ¿No sabe usted que yo cuido de él con mis propias manos y que cuento todas sus flores?

— La culpable soy yo, mamá, contestó su hija riendo. Soy yo quien lo ha condecorado... ¿Y no tengo motivos sobrados para hacerlo?

La baronesa hizo con la cabeza una señal afirmativa y tomó una taza de café de una bandeja que un criado le presentaba.

Las camelias fueron el tema de la conversación; la baronesa las cultivaba con verdadero cariño y el duque, teniendo esto en cuenta, había hecho construir para ella un pequeño invernadero.

— Tiene usted que visitarlo, señorita, dijo la dama; su abuela ya lo conoce y se quedará aquí charlando conmigo, mientras su tío la acompaña a usted.

Herberto se apresuró a cumplir aquella comisión y apenas dejó a Margarita tiempo para tomar una taza de café, pretextando que muy pronto obscurecería. Margarita se levantó y en compañía de su tío salió del salón, mientras Eloísa, sentándose delante de un piano de cola, comenzó a tocar muy medianamente.

Tío y sobrina atravesaron una larga serie de salones de cuyas paredes pendían numerosos retratos de individuos de la familia reinante, unos en traje de corte ricamente bordado, otros cubiertos con armadura de guerrero; todos tenían los ojos azules, el cutis blanco y las mejillas sonrosadas y los varones llevaban grandes bigotes de un rubio de oro o finas barbas a lo Enrique IV.

Después de un rato de silencio, dijo Herberto a Margarita:

— Con ese vestido de lana de larga cola te mueves silenciosa por este antiguo palacio, interesante como una antepasada de esos personajes cuyos retratos penden de las paredes.

— No me reconocerían como tal, contestó la joven deslizando su mirada sobre aquellas pinturas; soy demasiado morena.

— La verdad es que no tienes el tipo alemán, replicó Herberto sonriendo; más bien podrías haber servido de modelo a Gustavo Richter, para pintar una muchacha italiana.

— Sangre italiana corre también por nuestras ve-

nas, pues dos Lamprecht fueron a buscar esposas en Roma y en Nápoles. ¿No lo sabías, tío Herberto?

— No, querida sobrina, no lo sabía; estoy poco enterado de la crónica de tu familia. Pero a juzgar por ciertos rasgos característicos de su descendencia, aquellas italianas debieron ser por lo menos hijas de dux de Venecia o princesas.

— ¡Qué lástima que haya de destruir estas ilusiones tan adecuadas a tus deseos y a los de la abuela! Y más lástima aún que haya de destruirlas en presencia de esos altivos personajes, añadió señalando los cuadros, porque ello será para ti doblemente desagradable. Pero la realidad es la realidad, y has de saber que de aquellas dos mujeres una era hija de un pescador y otra de un picapedrero.

— ¡Qué interesante es esto!.. ¡Conque los antiguos severos comerciantes tuvieron también sus veleidades románticas!.. Pero a decir verdad, ¿qué me importa a mí del pasado de los Lamprecht?

Una especie de doloroso espanto contrajo las facciones de la joven.

— ¡De veras no te importa nada!, exclamó vivamente. Libre eres de ignorar el parentesco y con ello me complaces en extremo, porque de este modo no habré de temer que te inmiscuyas en mis asuntos y me atormentes como me atormenta la abuela cada día.

— ¿Te atormenta?

Margarita calló un momento. Censurar a un ausente no le había agradado nunca y ahora estaba censurando delante de Herberto a su madre. Pero la queja había salido ya de sus labios y no era posible volverse atrás.

— Te diré; como he sido desobediente y no he satisfecho su más ardiente deseo..., contestó mientras en el salón Eloísa dejaba su preludio para emprenderla con una pieza de música moderna y ruidosa. Aquella amarga decepción la tiene desesperada; yo lo siento mucho y disculpo cuanto puedo su mal humor conmigo, pero no concibo cómo, a pesar de todos los pesares, todavía tiene la esperanza de hacerme mudar de parecer y quebrantar mi resolución. No me explico ese afán apasionado de emparentar con gentes de ilustre prosapia y ¿no te sorprende a ti también que la abuela se exponga a sabiendas a incurrir en el mismo anatema que la baronesa ha lanzado contra la advenediza, la futura esposa de su cuñado? ¿Acaso soy yo de distinta condición que esa hija del administrador a quien la baronesa se ha referido?

— Mi madre, respondió Herberto sonriendo y encogiéndose de hombros, puede opinar que el señor de Billigen, al fin y al cabo, no es más que conde, y que los Lamprecht gozan de la consideración de una antigua familia de patricios; y esto hace que su conducta para contigo no me parezca tan sorprendente como tú dices. En cambio tu modo de proceder sí que me parece inexplicable... ¿A qué viene esa apasionada indignación que tan a menudo demuestras contra los que nacieron en privilegiada cuna?

Mientras hablaban, habían llegado al invernadero; pero Margarita no parecía hacer caso alguno ni de la magnificencia de colores de las plantas enteramente floridas ni de los perfumes que embalsamaban el ambiente, y visiblemente emocionada se detuvo cerca de la puerta.

— Me juzgas mal, tío, dijo. Mi indignación no es contra esos privilegiados; los conozco demasiado poco para indignarme contra ellos. Únicamente sé que, desde muy antiguo, van unidos a sus nombres grandes preeminencias y derechos especiales y que delante de sus alcázares hay un ángel con la espada de fuego. ¿Cómo puede esto hacer nacer en mí una hostilidad hacia esa clase de gentes? El mundo es ancho, y cada cual puede seguir su camino sin que la arrogancia y la obscuridad del nacimiento choquen entre sí. De manera que no son los privilegiados los que motivan mi indignación, sino los que pretenden encumbrarse, sin reparar en los medios, siendo mis iguales y teniendo muchos de ellos la misma dicha que yo de poder encontrar en la historia de sus antepasados un verdadero tesoro de virtudes. Estos son tan bien nacidos como aquéllos y también tienen entre sus ascendientes, quienes, en heroica defensa de lo suyo, han hecho morder el polvo a más de un enemigo de ilustre prosapia.

— Esto no obstante ¿hay en vuestra galería de retratos algún antepasado que vista armadura de guerrero?, preguntó Herberto riendo.

— ¿Y qué falta hace?, respondió con acritud Mar-

garita. Todos ellos vivieron y lucharon como verdaderos hombres, según lo demuestra la prosperidad de su casa y la consideración de que gozaron entre sus contemporáneos. Y siendo esto así ¿para qué se necesitan los distintivos externos? Si la clase media se hubiese mantenido siempre en este terreno, también ella tendría su alcázar; pero los descendientes prefieren doblar el espinazo y llevar servilmente pie-dras que los otros, los privilegiados, utilizan para re-



— Margarita, murmuró Herberto acercándose y cogiendo sus dos manos

construir antiguas barreras y viejos pedestales que caían en ruinas... El genio, la riqueza, los grandes talentos, en cuanto se alzan por encima del nivel de la burguesía y logran llamar la atención, son atraídos como por un imán a la esfera de las clases más elevadas; entran en ella robusteciendo cada vez más el poder y la consideración de los ilustres, y haciéndose reos de la mayor ingratitud, se avergüenzan del nombre respetado de sus mayores, sólo para ser tolerados en su nuevo estado por los que a él pertenecen por derecho propio y que los aceptan con mala voluntad y con menosprecio.

— ¡Extraña criatura!, exclamó Herberto con expresión grave. ¡Con qué vehemencia te indignas por cosas que para otras muchachas de tu edad no existen! ¡Y cuán dura suena la sentencia en tu boca! Hasta hace muy poco, sabías siquiera disimular con gracia y risueña sátira esas severas y duras apreciaciones.

— Desde que murió mi padre huyeron de mí la risa y el buen humor, respondió Margarita con labios temblorosos y arrasados los ojos en lágrimas. Sé que los prejuicios y las falsas opiniones le cegaron y amargaron funestamente su vida, aunque ignoro la verdadera causa de sus tormentos... Pero dejemos esta conversación. Sólo una cosa te suplico. Puesto que sabes cuán arraigadas son mis convicciones, procura convencer a la abuela para que deje de acosarme... Al fin y al cabo, nada ha de conseguir.

— Si amases a ese hombre, todos tus severos principios quedarían vencidos y sería él el vencedor.

— ¡No, y mil veces no!

— Margarita, murmuró Herberto acercándose de pronto y cogiendo sus dos manos. He dicho «si amases a ese hombre». ¿No puedes ni tan siquiera imaginar que una persona, para hacer la felicidad de otra a quien ama, domine sus antipatías y sus más queridas aficiones y se entregue por entero?

Margarita apretó los labios y movió violentamente la cabeza.

— ¿Quieres decir con ese gesto que no eres capaz de comprender lo que es la esencia del amor?, pre-

guntóle Herberto oprimiéndole más fuertemente las manos que ella pugnaba por retirar.

— ¿Y aunque así fuese?, respondió Margarita intensamente pálida y sin levantar los ojos del suelo. ¿Acaso el comprender el amor es una necesidad para toda criatura humana; y acaso es imposible seguir el camino de la vida sin someterse a esa potencia diabólica?

E irguiéndose de pronto y separando con un ademán violento sus manos de las de Herberto, añadió, mirando a éste con expresión ardiente, casi salvaje:

— Yo no quiero tener nada que ver con tal potencia; deseo la paz del alma y no esa lucha homicida...

Calló un momento como espantada de lo que acababa de decir, como si se hubiese sorprendido a sí misma en flagrante imprudencia, y luego, dominándose, prosiguió:

— Por lo demás, no sería vencida en esa lucha. Mi mejor auxiliar sería mi cabeza y creo que la tengo bastante clara y fuerte para poder salir de ella victoriosa.

— ¿Eso crees?.. Pues inténtalo y sufre hasta que...

Interrumpióse bruscamente y Margarita le miró asustada; nunca había visto su rostro tan emocionado. Pero Herberto, que tenía un admirable dominio sobre sí mismo, se apartó de ella, dió una vuelta por el invernadero y luego volviendo a acercársele, le dijo con absoluta calma:

— Hemos de regresar al salón; pero como no has visto nada y podrías, por consiguiente, encontrarte en un apuro si te pidieran tu parecer sobre las plantas que aquí se guardan, fíjate en esa hermosa palmera, en aquel draconodrigo de Canarias, en esos grupos de tulipanes y jacintos y en aquellos lirios de España. ¡Un verdadero cuadro de primavera! ¿Estás ahora algo orientada?

— Sí, tío.

— ¡Sí, tío!, repitió él con acento burlón. Observo que hoy vuelves a prodigarme ese título. ¿Es que aquí ves en mí más que en otra parte a un hombre respetable por su edad?

— Aquí lo mismo que en casa.

— ¡De modo que en todas partes y siempre! De modo que el título de tío es inseparable de mí! Bueno, lo soportaré hasta que tú quizás algún día te acuerdes de mi nombre.

Poco después la señora consejera, Margarita y Herberto subieron al trineo, pero no se dirigieron a la ciudad, sino que Herberto, que guiaba, tomó el camino que, atravesando un campo, conducía directamente a Dambach.

Su padre habíase quejado aquella mañana de reuma en la espalda, y él quería ver cómo se encontraba.

La señora consejera, recostada en un ángulo del trineo, parecía malhumorada; aquella excursión no era de su gusto, pero no se atrevía a protestar abiertamente.

En vez de ello, púsose a censurar en términos duros a Margarita por lo silenciosa que había permanecido durante la visita, diciéndole que en el palacio y en la compañía de aquellas nobles se había portado como una paleta a quien hay que arrancar con tenazas y una a una las palabras.

— El silencio, dijo Herberto al oído de su madre, tiene también sus ventajas cuando se está delante de personas cuyos antecedentes no se conocen. Hoy hubiera preferido que no te hubieses expresado tan sinceramente respecto de las bailarinas... porque la baronesa de Taubeneck lo ha sido.

— ¡Dios misericordioso!, exclamó la anciana anonadada por aquella revelación de su hijo. ¡No, Herberto, no puede ser! ¡Es una equivocación, una calumnia de malas lenguas! Todo el mundo sabe que la viuda del príncipe Luis es de rancia nobleza...

— Ciertamente; pero su familia hacía tiempo que estaba totalmente arruinada. Los últimos varones que llevaron el antiguo nombre, fueron funcionarios subalternos, y las dos bellas hermanas, la baronesa de Taubeneck y la difunta condesa Sorma, ganáronse el sustento, con nombres de batalla, como bailarinas.

— ¿Y no lo has sabido hasta ahora?

— Hace muy poco que lo he sabido.

La señora consejera no dijo nada más. Poco después deteníase el trineo delante del patio de la fábrica de Dambach. Había anochecido y por las amplias ventanas de las cuerdas de trabajo salían torrentes de luz que iluminaban la superficie nevada del exterior.

La señora consejera, dando un profundo suspiro

y visiblemente aterida de frío, abrigóse el pecho con la piel y del brazo de su hijo echó a andar por el caminal enarenado y cubierto de nieve que atravesaba el jardín. Al doblar aquel camino, que bordeaba el estanque helado, vieron al viejo consejero apoyado en el alféizar de la ventana abierta de su cuarto, vestido de bata y fumando tranquilamente en pipa.

— ¡Pero no veis a ese hombre!, exclamó la señora consejera ahogada por la cólera. Afirma que tiene reuma y con este frío horrible se está en la ventana tomando el fresco.

— Si mamá, son costumbres del hombre fuerte que nunca lograremos modificar, dijo Herberto riendo y haciendo entrar a su madre en el pabellón.

— ¡Vaya una visita extraordinaria!, exclamó el anciano, apartándose de la ventana mientras su esposa penetraba en el pabellón. ¡Diantre, Francisca! ¿Eres tú realmente? ¿Y de noche, con esa niebla, y esa nieve y ese hielo? Paréceme que en esta visita hay gato encerrado. ¿Queréis que mande hacer café?

Diciendo esto cerró precipitadamente la ventana, por la que entraba un viento glacial.

— ¿Café?, dijo la señora consejera temblando de frío. ¿Café, a estas horas? No lo tomes a mal, Enrique, pero he de decirte que en Dambach te has vuelto muy ordinario; pronto será la hora del te... Venimos del palacio del príncipe...

— ¡Hola, hola!, ¡He aquí el gato!..

— Y no hemos querido volver a casa sin enterarnos de cómo te encuentras.

— Mil gracias por el interés. Pues os diré que aquí, en el hombro izquierdo, siento como si me pellizcasen y arrancasen la carne; a veces la cosa toma proporciones muy desagradables, lo confieso, y hoy mismo he visto un par de veces las estrellas.

— ¿Quieres que te enviemos al médico, papá?, preguntó Herberto solícitamente.

— No, hijo mío. En esta vieja máquina (y señalaba su ancho pecho) no ha entrado en mi vida una sola gota de veneno recetado por un médico, y no voy ahora, en mis viejos días, a estropearme la sangre. La mujer del contraemestre me ha dado unas solemnes friegas de alcohol alcanforado y me ha puesto un puñado de estopa encima del sitio dolorido, y asegura que con esto me aliviaré.

— ¡Ya lo creo! Sobre todo si te asomas a la ventana con este frío, replicó su esposa en tono agresivo y agitando su manguito para disipar la nube de humo de tabaco que entonces, con la habitación cerrada, se notaba extraordinariamente. Demasiado sé que a ti es inútil! hablarte de médicos; pero, cuando menos, debieras probar algún remedio casero.

— ¿Quizás una tacita de manzanilla?

— Manzanilla, no; más práctica sería una infusión de flores de tila con zumo de limón. A mí esto siempre me va bien, y a ti te conviene sudar, Enrique.

— ¡Qué horror!, exclamó el anciano estremeciéndose. Esto equivaldría a echarme en el Purgatorio. ¿No oyes, Margarita?, añadió pasando su brazo por encima de los hombros de su nieta que hacía rato se había quitado el sombrero y la capa. ¿No ves cómo quieren maltratar al abuelo? Si han de darle flores de tila, que lo lleven al hospital ¿no te parece?

Margarita se sonrió y le abrazó.

— En estas cosas, abuelo, dijo, soy inexperta como una niña; de modo que no recurras a mi sentencia. Pero sí, permíteme que me quede contigo; no puedes pasar la noche solo, teniendo esos dolores. Te llenaré la pipa, te leeré algún libro y te contaré cosas hasta que te duermas.

— ¿Esto harías, hija mía?, exclamó el anciano en el colmo del contento. Mucho me agradaría que te quedases, pero mañana es el día señalado para la apertura del testamento, y a ese acto no puedes faltar.

— Suplicaré al tío que me mande el trineo.

— Y el tío, complaciente, no se olvidará de enviártelo, contestó Herberto en tono irónico y haciendo una profunda reverencia.

— Entonces ¡trato hecho!, exclamó el viejo consejero. Perc, Francisca, veo que te retiras precipitadamente. ¡Ah, ya comprendo. Para ir a palacio te has puesto tus mejores galas y ahora temes que se impregnen del olor del tabaco. Confieso que mis bocanadas de humo han sido algo inconvenientes.

— ¡Y qué humo! ¡Vaya una clase de tabaco que fumas!, dijo la señora consejera maliciosamente, con gesto de asco y agitando su pañuelo de seda.

— ¡Eh, poco a poco! Es un tabaco excelente y fuerte. De esto entiendes tú tan poco como yo del te que prefieres... Pero no te mortifiques más tiempo; aprieta el paso cuanto puedas y sal al aire libre; Viniendo aquí has hecho más que cumplir con tu deber; te has aventurado a penetrar en mi «ahumado antro». ¡Quién me lo hubiera hecho creer hace media hora!.. Ea, Herberto, hijo mío, da el brazo a tu mamá y llévala de prisa y con todo cuidado al trineo.

Abrió galantemente la puerta, y su esposa deslizóse por delante de él, con las dos manos hundidas en



Margarita se sonrió y le abrazó

el manguito, desapareciendo en seguida en la obscuridad de la antesala.

En aquel momento, Margarita se inclinó y recogió del suelo la camelia que Eloísa había regalado a Herberto y que se había caído al desabrocharse éste su abrigo de pieles, y sin decir palabra se la entregó.

— ¡Ah, por poco la pisamos!, dijo Herberto disgustado y examinando la flor a la luz de la lámpara. Lo hubiera sentido, porque es tan fresca, tan hermosa y tan espléndida como la persona que me la ha dado. ¿No opinas también así, Margarita?

Ésta nada contestó y se acercó a la ventana cuyos cristales golpeaba desde fuera su abuela impaciente.

Herberto guardó la camelia roja, como años antes guardara la rosa blanca, en su cartera de bolsillo; despidióse de su padre con un apretón de manos y se fué.

XXI

Habíase abierto el testamento, que había producido el mayor desencanto entre los pobres trabajadores de la fábrica a quienes Reinoldo había despedido.

El documento databa de larga fecha.

Pocos años después de su matrimonio, el señor Lamprecht había sufrido una grave caída de caballo, y los médicos no habían podido ocultarle, ni a él ni a su familia, que estaba en peligro de muerte, por lo cual se había apresurado a otorgar testamento.

Era éste muy corto y muy conciso, según había podido verse en el acto de su apertura; en él instituía heredera universal a su esposa Fanny y disponía que se vendiera la casa de comercio, ya que entonces no existía hijo varón, pues Reinoldo no nació hasta un año después. Nacido éste, el testamento quedaba de derecho invalidado, y los dos únicos herederos legítimos, Margarita y Reinoldo entraban en posesión natural de sus derechos.

Terminado aquel acto, Margarita regresó inmediatamente porque «su abuelo todavía la necesitaba»; y Reinoldo volvió a su despacho, frotándose las manos que tenía heladas y vigilando con su semblante hosco de costumbre a sus empleados. Su rostro permaneció impasible. ¿Qué habría podido innovar un testamento que no podía disminuir en un ápice los derechos que él ejercía hacía ya tiempo?.. Y esos dependientes miraban con temor a aquel hombre implacable que ahora ocupaba con pleno

derecho el puesto del jefe difunto y que ejercía sobre ellos un poder absoluto.

A las cuatro de la tarde de aquel día, Herberto había regresado a su casa, y la señora consejera estaba en la antesala regateando a una vendedora el precio de una gallina, cuando se presentó allí el pintor Lenz.

Vestido de negro de pies a cabeza, acercóse a la anciana con ansiosa precipitación; su noble semblante, de ordinario tan alegre y apacible, tenía una expresión de inusitada gravedad y reflejaba una gran emoción.

Preguntó por el consejero provincial, y la señora consejera con un ademán le indicó su despacho, envolviéndole en una mirada investigadora hasta que el buen hombre, después de haber llamado discretamente a la puerta, hubo entrado en la estancia en donde se hallaba su hijo: el señor Lenz estaba visiblemente trastornado; alguna pena grave pesaba sobre su alma.

Movida por la curiosidad, la señora consejera despachó a la vendedora de gallinas y entró precipitadamente en su cuarto, desde donde oyó al viejo pintor hablar en alta voz y sin interrupción como si refiriese algún suceso muy interesante.

Hasta entonces, aquel hombre había sido para ella un personaje repulsivo; no podía perdonarle que su hija Blanca le hubiese, en otro tiempo, quitado muchas noches de sueño. ¿Qué podría querer de Herberto? ¿Pretendería que éste le recomendase a Reinoldo para que le diese trabajo y le permitiese continuar viviendo en su casa? ¡Oh, no, ella sabría impedirlo!

La señora consejera era sumamente delicada y en alto grado distinguida, y el que hubiese dicho que su pequeña oreja, protegida por la fina toquilla de encajes, se ponía a veces en contacto con la cerradura de la puerta del despacho de su hijo, habría sido considerado como un calumniador. Y sin embargo, ahora estaba allí, junto a la puerta, de puntillas y estirándose, y escuchaba lo que detrás de aquélla se decía.

De pronto retrocedió como herida por un rayo y se puso horriblemente pálida; y en seguida abrió violentamente la puerta, entró en el despacho de su hijo y con voz áspera, imperiosa y temblando toda ella de indignación, dijo al Sr. Lenz:

— ¿Tendrá usted la bondad de repetir delante de mí lo que hace un momento afirmaba usted a mi hijo?

— Ciertamente que sí, señora consejera, respondió el anciano inclinándose y en tono firme al mismo tiempo que mesurado. Palabra por palabra repetiré delante de usted lo que acabo de explicar al señorito Herberto. El difunto Sr. Lamprecht era mi mi yerno; mi difunta hija Blanca fué su esposa legítima.

La anciana soltó una carcajada histérica y con acento del mayor desprecio exclamó:

— ¡Déjese de locuras, buen hombre! El Carnaval está muy lejos todavía, y puede usted guardarse para entonces sus bromazos inconvenientes.

— Te suplico encarecidamente, mamá, que vuelvas a tu cuarto y me dejes solo con el Sr. Lenz, díjole Herberto ofreciéndole el brazo para que saliese.

También él estaba pálido como un cadáver y en su rostro se pintaba una agitación profunda.

— Si se tratase de un asunto referente a tu cargo oficial, replicóle indignada su madre, tendrías razón en arrojarme de tu despacho; ahora, en cambio, se trata de una infamia astutamente urdida, con la que se pretende deshonorar el nombre de nuestra familia.

— ¿Deshonrar?, exclamó el anciano con voz temblorosa de indignación. Si mi Blanca hubiese sido hija de un falsario, de un ladrón, aceptaría el insulto sin protestar; pero yo no soy ni una cosa ni otra. También yo soy hijo de un elevado funcionario público, de apellido respetado; mi esposa descendiendo de una familia ilustre, aunque arruinada, y ella y yo hemos llevado una vida sin tacha. Ni la más pequeña sombra empaña nuestro nombre, como no sea que se considere deshonorar el que yo, artista educado en academia, haya tenido, por causa de mi mala suerte, que acabar ganándome el sustento en una fábrica... Pero ahora es moda entre las familias de la clase media enriquecidas hablar de matrimonios desiguales cuando alguno de sus individuos se casa con una muchacha pobre, ni más ni menos que hace la nobleza con los advenedizos plebeyos que con ellas se enlazan.

(Se continuará.)

ESCUULTURAS AMERICANAS

En el número 1.743 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reproducimos algunas obras de los notables escultores norteamericanos Gutzon Borglum y Lorado Taft, y copiamos algunos párrafos de un artículo que el primero publicó en una importante revista de Long Island sobre lo que debe ser el arte americano, abogando por la independencia del mismo y por la necesidad de substituir con ideales americanos los provenientes de una gastada antigüedad que carece de relación con la vida de América y con sus heroicas luchas de cuatro siglos.

Que esta opinión va afirmándose cada vez más entre los escultores de la América del Norte lo prueban no sólo obras como *Las yeguas de Diomedes* y *El espíritu de los grandes lagos* de los citados artistas que en aquel entonces reproducimos, sino también las que en ésta y en la siguiente página publicamos.

La Fuente del Tiempo, de Lorado Taft, composición grandiosa y original



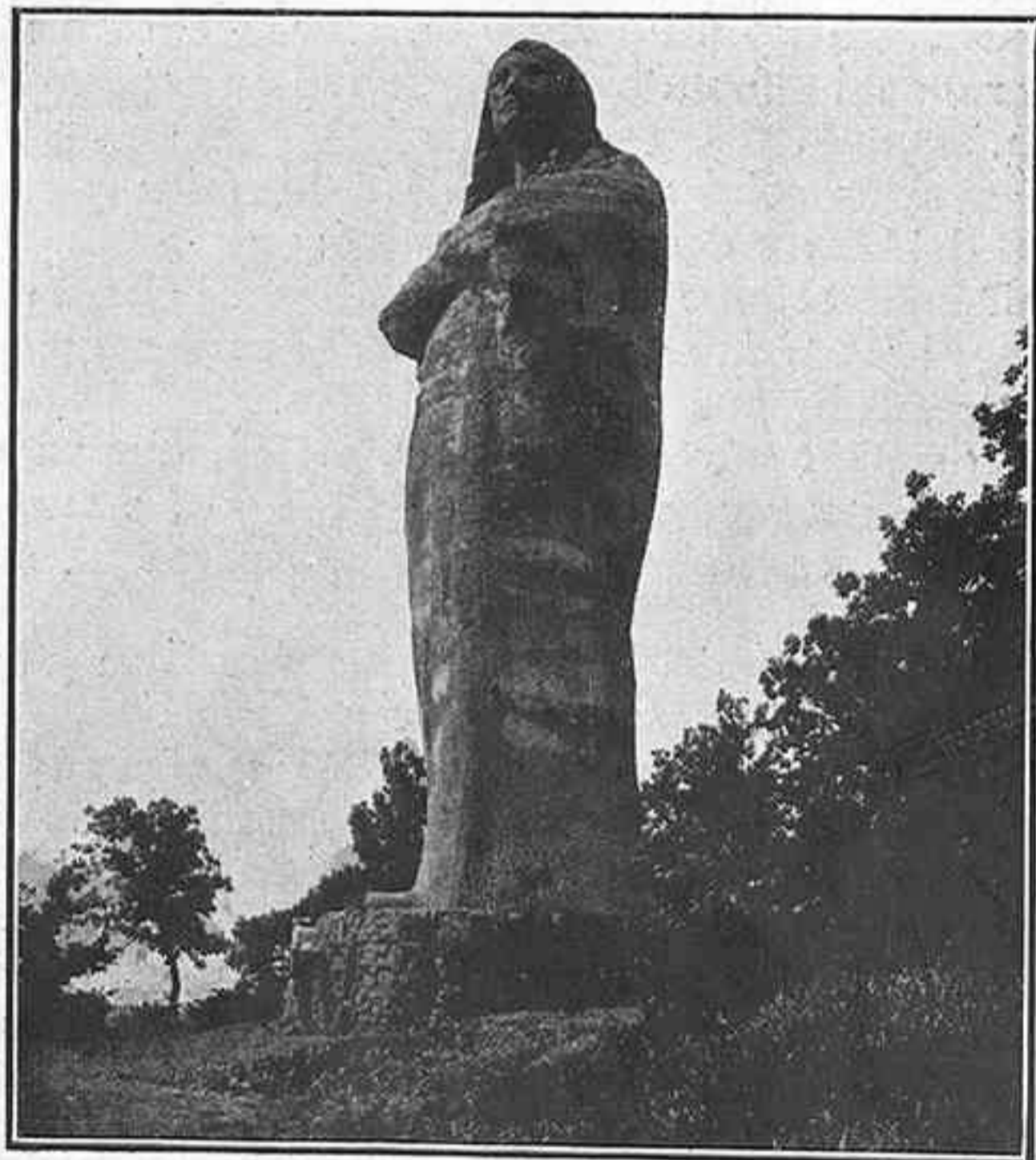
La Fuente del Tiempo, escultura de Mr. Lorado Taft que ha de erigirse en un parque de Chicago
Vista del conjunto de la obra



Detalle de la Fuente del Tiempo, grandiosa obra escultórica de M. Lorado Taft

que ha de erigirse en un parque de Chicago, representa una gran procesión humana desfilando ante la severa figura del Tiempo; el tropel de figuras, cada una de las cuales persigue una meta especial, produce una impresión parecida a la del movimiento de las olas y característica de lo instable y efímero de la humana existencia. En el fondo aparecen dos figuras que representan el temor de la juventud y la alegría de la senectud ante la muerte; esta última es un anciano que tiende sus descarnadas manos para saludar el fin de la vida.

Esta fuente tiene 27 metros de largo; sus figuras son de tres metros de alto, excepto la del jinete del centro que es de cinco, y la imponente del Tiempo, cuya altura pasa de seis.



Monumento erigido en honor del cacique indio Black Hawk cerca de la ciudad de Oregón, Estado de Illinois

Los ciegos y que durante largo tiempo han estado bajo la guarda de un venerable religioso, se dan cuenta de la muerte de su director y de que el único que puede guiar sus pasos es el niño que en sus brazos sostiene la figura del centro. En los distintos individuos que componen el grupo se advierten, admirablemente expresados, sentimientos diversos: miedo y angustia en unos, al verse privados del director en quien tenían puestos su cariño y su confianza; fe y esperanza en otros, que esperan que el niño podrá servirles de guía.

Otro notable escultor norteamericano es Ciro E. Dallin, autor de *La invocación suprema* que en esta página reproducimos. Este artista que, ahondando en el alma de la mal comprendida raza india, ha perpetuado en admirables obras el verdadero carácter de ésta, nació en las ne-

vadas montañas del Estado de Utah y desde su infancia se familiarizó con el trato de los pacíficos indios que habitaban en aquel territorio.

Muy niño todavía propúsose ser escultor, pero no contando su familia con medios para darle una educación técnica, hubo de trabajar en una mina a fin de proporcionarse los recursos que le hacían falta para el logro de sus aspiraciones. Un día, con unos instrumentos improvisados, modeló en arcilla dos cabezas de tamaño natural; gustaron éstas tanto a los mineros, que, después de propagar por todas partes la aparición de aquel artista, acordaron enviar las dos cabezas a una exposición regional que se celebraba en Salt Lake City, capital y metrópoli del Estado de Utah. Allí las vieron dos millonarios, quienes se interesaron por el niño, y apreciando en él un verdadero talento, le facilitaron dinero con que trasladarse a Boston, en donde comenzó sus estudios artísticos con Truman H. Bartlett. Al año siguiente fué a Quincy (Massachusetts) y allí trabajó para Sidney H. Morse y poco tiempo después comenzó a recibir algunos encargos, lo que le movió a establecer un pequeño estudio en Boston, en donde permaneció seis años trabajando sin interrupción.

Desde aquel momento su carrera fué un triunfo que comenzó con la adjudicación de la medalla de oro que para él votaron en 1888 los artistas de Nueva York, como premio a su *Cazador indio*. Su posición permitiéndole entonces emprender un viaje de estudio de dos años, durante el cual residió una temporada en París. De regreso en los Estados Unidos, casóse en Boston y pasó tres años en Utah, dedicándose a trabajar con modelos indios. Volvió luego a París y trabajó en el taller de Juan Dampt, reputado como un gran maestro de técnica escultórica, modelando durante aquel período su famoso *Médico indio* que, en 1903, adquirió la asociación Fairmont Park de Filadelfia.

Todas las representaciones que de sus antiguos amigos, los indios, nos ofrece Dallin revelan un conocimiento profundo del carácter de aquella raza des-



La invocación suprema, escultura de Ciro E. Dallin

dichada; pero en ninguna se expresa una comprensión tan perfecta de la angustiada condición del indio como en *La invocación suprema*, en la que el alma

del hombre rojo parece hablar por medio del gesto de imploración de aquella cabeza y de aquellos brazos, de la actitud de toda esa figura, animada por el más ardiente deseo, por la más ferviente súplica.

Los artistas de Boston, considerando esta escultura como la obra maestra de Dallin, invitaron a sus conciudadanos a contribuir a una suscripción para adquirirla con destino a aquella ciudad. La suscripción produjo 12.000 dólares y gracias a ella hoy pertenece a Boston tan hermosa escultura.

FERROCARRIL RIVAL DEL CANAL DE PANAMÁ

Está en vías de construirse un ferrocarril que puede llegar a ser rival del Canal de Panamá. Lo que acaba de decirse no implica que el ferrocarril de que se trata vaya a transportar embarcaciones del uno al otro mar. Con todo, ello significa que probablemente desviarán gran parte del tráfico que se hace entre Europa y algunas regiones de la costa del Pacífico de la América del Sur, las cuales se servirían del Canal caso de no existir la proyectada ruta. Tal es lo que asegura el autor de un artículo que fué publicado en la edición española de enero del *Boletín de la Unión Panamericana*, con el título de «El Ferrocarril de La Quiaca a Tupiza, rival del Canal de Panamá».

La Quiaca y Tupiza son dos poblaciones del interior de la América del Sur, la primera de las cuales se halla en la Argentina y la segunda en Bolivia. La primera está comprendida en la red ferroviaria de la Argentina y la segunda se encuentra en conexión con las líneas bolivianas, quedando por construir el enlace de las dos vías, el cual tendrá 60 millas de largo. Es esto lo que precisamente se va a acometer.

El autor del artículo mencionado nos explica en los párrafos que van en seguida cómo surgió la idea de esta vía y de qué modo podrá ella afectar el Canal de Panamá.

«La red ferroviaria de Bolivia, cuya construcción acometió el Gobierno hace muchos años, fué un esfuerzo notable en pro del desarrollo en grande escala de los inmensos recursos naturales del país. Estos ferrocarriles recorren las tierras altas y las bajas de la República, la cual se ha tratado de poner en comunicación con el mundo exterior por tres vías diferentes. Lo primero que se trató fué de la unión de los terrenos altos con el Pacífico, lo cual se ha obtenido ya mediante los tres caminos que terminan en Antofagasta, Arica y Mollendo, tres puertos del Pacífico. Lo segundo se ha buscado a través de la Argentina; y es lo que está a punto de efectuarse con la línea de La Quiaca a Tupiza. La tercera vía piensa realizarse por el Mamoré y el

Amazonas, a través del Brasil. Pero es sólo de la segunda de la que se trata. »El 23 de agosto de 1915 aceptó el Sr. Montes, Presidente de Bolivia, en representación del Gobierno, las proposiciones de Charles A. Vezin, de París, para la construcción del ferrocarril de La Quiaca a Tupiza. La ejecución de dicha obra fué contratada por el expresado Vezin por unos 4.500.000 \$, en números redondos. La importancia de esta obra consiste en el hecho de que suministra el deseado enlace de las redes ferroviarias del oriente y del occidente de la América del Sur. Ella constituye una ruta directa más corta entre Europa y Bolivia y la costa del Oeste, sobre todo para la parte de ésta situada al Norte de Antofagasta. Durante los meses del estío austral es probable que el tiempo que se ahorre en venir de Europa a Bolivia o al Perú por la nueva vía no alcance a más de dos o tres días, comparado con lo que se tarda en el viaje de la Argentina a Chile por el ferrocarril trasandino. Pero durante los meses de invierno, cuando esta última ruta queda cerrada para el transporte de carga y de pasajeros y hay que transportar la correspondencia en los vapores que siguen la ruta meridional del Estrecho de

Magallanes, la economía de tiempo ascendería a más de diez días.

»La ruta usual de Europa a Bolivia ha sido la de la Argentina a Chile tramontando la cordillera y tomando un vapor en la costa del último país con destino a Antofagasta, Arica o Mollendo, y siguiendo de uno de estos puntos por ferrocarril y a través de las montañas hasta Bolivia. Es evidente que no debe perderse de vista la ruta de Panamá; pero ésta le interesa más a los Estados Unidos que a Europa. Los pasajeros y la correspondencia que iban de los Estados Unidos al Perú y a Bolivia aun antes de la apertura del Canal de Panamá, por lo general tomaban la ruta del istmo, siendo obvio que este movimiento no habrá de desviarse hacia la nueva línea férrea, yendo de Buenos Aires a Bolivia por el interior.

»Sin el empalme de las redes ferroviarias de la Argentina y de Bolivia la ruta del Canal de Panamá llegaría a ser el factor principal en el tráfico comercial y de pasajeros entre Europa y la costa occidental hasta Antofagasta y quizás hasta Valparaíso durante los meses de invierno. Sin embargo, merced a la construcción del mencionado empalme, el problema ha cambiado por completo, convirtiéndose ahora este tramo de poco más de 93 kilómetros en verdadero competidor del tráfico del Canal de Panamá. Cuanto al tráfico de pasajeros y al transporte de la correspondencia, la ruta argentino-boliviana posee todas las ventajas en todo el territorio de Bolivia y en parte de Perú y Chile.»



El ciego, grupo escultórico de Lorado Taft inspirado en el drama del mismo título de Mauricio Maeterlink

EL EFECTO Y LA CAUSA



Donde haya una hermosa
cabellera no está lejos el

PETRÓLEO GAL

A. Ehrmann

BARCELONA SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN DE CUADROS DE LOS SRES. CASAS Y MARTÍ GARCÉS



Los pintores Agapito Casas (1) y Martí Garcés (2) en la inauguración de la exposición de sus obras que actualmente se celebra en el Salón Parés. (De fotografía de A. Merletti.)

Los celebrados pintores Agapito Casas y Martí Garcés exhiben actualmente en el Salón Parés de esta ciudad una serie de sus últimas producciones. Expone el primero quince cuadros, en su totalidad paisajes, y el segundo dieciocho, en su mayoría interiores.

Los paisajes de Casas, muchos de ellos tomados de Camprodón y de Sitges, demuestran el cariño con que el pintor siente la naturaleza y la sinceridad con que sabe trasladar al lienzo la impresión sentida. Hay en todos ellos poesía, pero no la poesía hija de una imaginación que finge bellezas donde no las encuentra, sino la que encierran en sí mismos los espectáculos naturales y que el artista, al identificarse con éstos, al penetrar en lo más hondo de su esencia, logra descubrir y expresar en la forma más adecuada para que el público en presencia de la reproducción experimente igual emoción estética que en él despertó la contemplación del original.

Los cuadros de Casas nos ofrecen visiones de la naturaleza en sus más variados aspectos: una melancólica puesta de sol, un campo vestido con las galas de la primavera, un camino poético que se abre entre alegres arboledas, una sierra de montañas en toda su grandiosa majestad, un jardín delicioso con frondosas alamedas y brillantes grupos de flores, un prado de fresca y jugosa hierba cruzado por bullicioso arroyo. En todos ellos el artista ha encontrado la nota justa de color para representar en su valor verdadero estos distintos temas, dando transparencia al aire, vida a las plantas y a los árboles, luminosidad al cielo, en una palabra, haciendo resaltar los encantos de los lugares reproducidos.

Los interiores pintados por el Sr. Martí Garcés tienen un ambiente de serenidad y de intimidad que se apodera desde luego del ánimo del espectador. Las cosas que en ellos nos pinta viven, parece como si tuvieran alma, esa alma que se

difunde hasta los más apartados rincones del hogar doméstico, de la casa santificada por el amor y vivificada por el calor de la familia. Todo contribuye a producir esta impresión deliciosa: la luz que se filtra en la habitación al través de unos visillos o que penetra a chorros al través de una reja; la claridad que un espejo refleja o que esparce sobre una mesa de labor el modesto quinqué; los muebles que el pintor ha sabido distribuir con singular acierto para que como accesorios ayuden al efecto del cuadro sin distraer la atención de lo principal; las figuras hondamente sentidas y admirablemente pintadas que se destacan hermosamente sobre esos fondos de inefable poesía, todo cautiva, todo embelesa.

La exposición Casas-Martí Garcés es muy visitada y objeto de los mayores elogios.

Felicitemos a los celebrados artistas por el éxito que han alcanzado.

GANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores á esta ILUSTRACIÓN

DENTIFRICOS HIGEIA
ELIXIR
POLVOS
CREMA

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. París.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

Paris
Date de 1849

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Fóse y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

AVISO Á
LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS
JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN